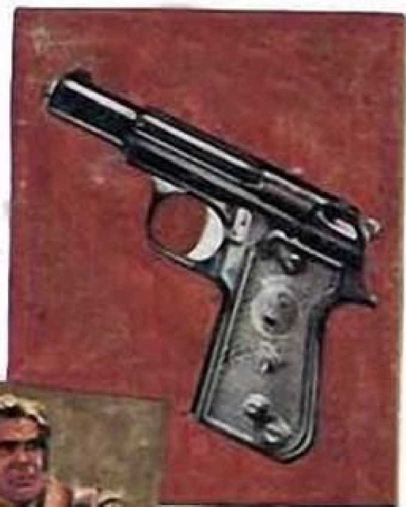


Lou Carrigan

DULCE ESPIONAJE








COLECCION
LA HUELLA
eb

LOU CARRIGAN

DULCE ESPIONAJE

Colección LA HUELLA n.° 46
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-03656-2
Depósito legal: B 29895-1975

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en esta Colección: septiembre, 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974

DULCES PERSONAJES DEL MUNDO DE LA MENTIRA

UNO:

Sección catorce.

Fichero secreto. Labor: espionaje. Medios: los usuales de mentira, traición, hipocresía y muerte por cualquier medio. Para el triunfo, dinero. Para el fracaso, la muerte. Anexo especial a la
M. V. D.
Presentación: Agente secreto Nadia Boronov, mujer. Actividades siempre exitosas. Número doce en calidad mundial de espías rusos. Edad, veinticinco años; experiencia total en asuntos internacionales. Capacidades físicas comprobadas, cultura universal, dominio de doce idiomas. Métodos de defensa personal perfectos y comprobados Adiestramiento total. Muy remoto el fracaso para cualquier misión asignada. Seguridad equiparable a la de cualquier hombre. Ésta es la descripción: pelirroja, ojos verdes, dos y medio *archins*[1], lunar seno izquierdo, peca bajo oreja izquierda, intervenida apendicectomía, herida bala costillas doce y once. Estructura física superior más uno. Misiones facilitadas siempre por valía y belleza personal.

Intervención asuntos diversos, que se reseñan: misión de canje en Puerta de Brandenburgo; exterminio agente CIA asunto URSS
Eu-Roma-527;
instalación de seis agentes en La Habana; incursión Miami, USA, para colocación de instrucciones; recogida de dos hombres en Caribe; introductora indirecta de ideas políticas en Vietnam; localización servicio europeo FBI en Suiza; ha matado nueve

hombres procedentes escuelas europeas y americanas. Jamás ha dejado huellas personales de ninguna clase.

Aptitud: absolutamente todos los servicios.

Misión actual, ficha con destino a Directorio: presentación en Nassau, islas Bahamas, con gastos ilimitados. Documentación legalizada a nombre ciudadana inglesa Ruth Fennimore. Sale para Bahamas fecha de hoy, agosto doce, mil novecientos sesenta y cuatro.

DOS:

En el Departamento del Servicio Militar de Inteligencia, y en la Sección 5 (MI 5) se ha designado hoy, doce de agosto de mil novecientos sesenta y cuatro, a Camelia Sandurst para volar a las Bahamas en misión especial derivada de las habituales de esta Sección 5.

Miss Camelia Sandurst cuenta con el apoyo y las recomendaciones necesarias en el Departamento para ser considerada, desdeñando cualquier favoritismo que sería contraproducente, como nuestro mejor agente apto y listo para esta misión. Misiones en Berlín, París, Aden, India,
Hong-Kong
y las Bahamas. En estas islas, dos años atrás, Camelia Sandurst llevó a buen término una delicada misión, utilizando su gran inteligencia, serenidad, frialdad en los momentos oportunos y siempre un gran dominio de la situación; con lo cual (misión que consta en Archivo «Kingdom-Bah-October» y sesenta y dos) se designa a todos efectos a *miss* Camelia Sandurst para llevar a cabo labor de contacto con «Chamaleon»[2] y estudiar directamente y sobre el terreno las proposiciones de este agente desconocido. Asignación máxima de pago por informes: un millón de libras.

Camelia Sandurst podrá ser identificada, en caso necesario, bajo el nombre de Abbe Lamb en la ciudad de Nassau, Bahamas. Sus señas personales auténticas son: rubia, ojos azules, cinco pies y siete pulgadas, esbelta, elegante, labios finos, barbilla firme, hendida. Dos agujeros de bala en muslo derecho cerca de la ingle. Sabe disparar a matar. Espía en nueve idiomas.

TRES:

Pascale de Trevignon ficha subsiguiente en Deuxiéme Bureau, comprobada y fiscalizada: estatura, uno setenta; cabellos negros; ojos negros; peso, cincuenta y cuatro kilogramos. Cosmopolita, viajera incansable, adaptación a todos los ambientes, con preferencia a los elegantes. Es proverbial su desenvoltura aristocrática, y sus conocimientos del mundo elegante Su ritmo particular y civil de vida (atendida por el Deuxiéme Bureau, por galantería y conveniencia) abarca un gasto de dos millones de francos nuevos anuales, cantidad que, considerando la utilidad que rinde, no se considera en absoluto excesiva.

Mademoiselle de Trevignon, abordará mañana, doce de agosto de mil novecientos sesenta y cuatro, «*jet*» de la Panam en Orly, con destino a Nassau, islas Bahamas, a fin de entrevistarse a sorprendente personaje designado por sí mismo como «Caméléon»[3] y poseedor de importantes datos de interés internacional (¿…?).

Pascale de Trevignon se alojará en Nassau en el hotel que le parezca oportuno, y lo comunicará. Su nombre en las Bahamas, y exclusivamente para esta misión, será el de Marilyn Bedford, ciudadana inglesa, a cuyo fin se le ha facilitado la correspondiente documentación. *Mademoiselle* de Trevignon utilizará su pistola al menor indicio comprometedor para este Bureau, y bajo ningún pretexto permitirá que la capturen, y, en ningún caso, por grave que sea, mencionará al Deuxiéme Bureau. Con toda urgencia, y caso de que así fuese solicitado por vía secreta por *mademoiselle* de Trevignon, se pondrán a disposición de ésta, en el Banco y ciudad que ella indique, hasta veinte millones de francos nuevos, de cuya posesión extenderá recibo cifrado la mencionada agente, y de cuyo uso se le pedirán cuentas en su momento oportuno.

Mademoiselle de Trevignon domina perfectamente once idiomas, es inteligente, audaz y fiel. Queda supuesto que conseguirá llegar a un acuerdo con el personaje denominado «Caméléon». En caso contrario (siempre posible), nuestra agente de Trevignon dará inmediata muerte a «Caméléon», sea como sea.

Éstas eran las fichas que constaban en los archivos

correspondientes a los servicios de espionaje ruso, inglés y francés, respectivamente.

Tres mujeres, a cuál más bella e inteligente; todas ellas, presumiblemente, con la misma misión que cumplir; todas ellas saliendo de Europa hacia las Bahamas el día 12 de agosto de 1964; todas ellas con destino a Nassau, isla de Nueva Providencia, en las Bahamas.

Las tres tenían una misión muy específica que llevar a cabo: encontrar en Nassau a un hombre por completo desconocido. No se sabía si era alto o bajo, rubio o moreno, joven o viejo, cobarde o valiente, sincero o tramposo… Sólo sabían de él que se hacía llamar «Camaleón»…

Y, obviamente, lo de «Camaleón» daba a entender que aquel hombre desconocido que tenía algo importantísimo que vender, se consideraba capaz de adoptar los disfraces o personalidades que más le conviniesen. Y quedaba otro detalle: Camaleón no había ofrecido sus conocimientos a un solo país, sino, en principio, a tres: Rusia, Inglaterra y Francia.

Considerando que, después de Rusia, Estados Unidos es el país que más dinero gasta en el mundo en servicios de espionaje y contraespionaje, y que, en aquella oferta a tres posibilidades no había sido convocado ningún agente de la CIA que podría haber ofrecido, quizá, más que nadie, era fácil llegar a la conclusión de que la información en subasta afectaba a Estados Unidos y no precisamente de modo favorable. Así lo indicaba la ausencia de un representante de la CIA en aquella reunión en las Bahamas…

Entonces estaba claro que se atentaba contra propiedades o seguridad de Estados Unidos de América del Norte.

Y cuando se atenta contra esto, sólo hay un organismo que esté perfectamente preparado y siempre alerta para cuidar esas propiedades y esa seguridad nacional.

Sabemos su nombre: Federal Bureau of Investigation.

Más sencillo aún: el FBI.

Capítulo primero

A Oakes Field, el aeropuerto de la isla de Nueva Providencia, aquélla en la cual está Nassau, llegan muchos aviones diariamente. Nassau, por su situación geográfica, es un centro importante de movimiento cosmopolita, No resulta muy barato ir a bañarse un par de semanas en sus playas de color rosado, ni pescar en sus azules aguas. Pero el dinero, aunque mal repartido entre el montón de millones de habitantes de la tierra, sabe mostrar sus lugares preferidos para correr con más libertad y, por tanto, a pesar de su dureza económica, las Bahamas siempre tienen visitantes, habida cuenta de que siempre, incluso en el lugar más pobre, se encuentra uno de esos tipos que hasta las corbatas se las hacen a medida.

Un avión en Nassau es lo más natural del mundo.

Y, sin embargo, a veces puede despertar un gran interés. Por lo menos a una persona.

Eso sucedió.

La persona estaba en una lancha de alquiler, en uno de los embarcaderos de Paradise Beach. Una persona notable, con una sonrisa de lado a lado de la cara y una expresión entre amable y burlona, idéntica a la de los que piensan que allá donde estén ellos no hay nadie más listo ni más guapo.

Y, a veces, aciertan.

Bueno, cuando aquel hombre vio el avión que se descolgaba ya sobre Oakes Field, sonrió y dijo en voz alta, puesto que nadie podía oírlo:

—Ahí tenemos al «gran pájaro de acero». Tiene que ser ése, no hay más remedio.

Le atizó un puntapié desganado a los mandos y la lancha se despegó del embarcadero.

Los hombres, generalmente, no suelen ser notables por su estatura, cuando ya se les conoce. Pero, antes de conocer a quienes nos rodean, lo normal es fijar la atención en el más alto. Sabido esto, hay que decir que el hombre de la lancha sería el primer hombre en quien cualquiera fijaría su atención. Medía ni más ni menos que seis pies y cuatro pulgadas, esto es, la estatura que requiere, forzosamente, trajes y calzados a medida, y lechos especiales. Haciendo una comparación ciertamente caprichosa, puede decirse que, en medio de un grupo de hombres corrientes, el tipo de la lancha destacaría entre ellos como un oso blanco entre una familia de pingüinos.

Entonces, automáticamente, uno cualquiera de los personajes del gran mundo de la mentira, tenía que pensar: «Pues nada: este tipo jirafa no es un espía; se le ve desde el fondo del mar».

¡Ah…!

Error.

¡Error, error…!

A veces, el cazador no ve al león porque un elefante se le pone delante. Y, entonces, en lugar de cazar el elefante, lo rodea y continúa husmeando las huellas del león.

Siempre suceden cosas así.

Queda una pregunta por formular. ¿Existe el cazador que deja de perseguir al león para cazar al elefante que se le pone delante?

En esta ocasión, el elefante medía seis pies y cuatro pulgadas solamente. Además, iba vestido como un hombre: pantalones blancos; jersey de hilo blanco, de cuello abierto; gorra marinera; zapatillas de lona, también blancas y un bonito pañuelo azul al cuello, como un auténtico elegante del deporte. Sus hombros eran casi tan anchos como la lancha, sus ojos casi tan azules como el mar y su sonrisa casi tan radiante como la del sol. Rubio, tostado por el sol, lleno de vitalidad, visible desde un montón de millas, llamativo…

Total: «Que había que ser auténticamente memo para llegar a pensar que aquel hombre pudiese ser un espía».

* * *

Entre otras muchas personas más o menos interesantes, de aquel «gran pájaro de acero» habían descendido tres mujeres notables por

su belleza, por su porte, por su maravillosa presentación. Vistas de una en una, el aislamiento era seguro. Vistas las tres a la vez, el mareo resultaba por completo inevitable.

Cada una de ellas tuvo que pasar, a su debido tiempo, por el servicio de Aduanas de Nassau-aeropuerto.

Una dijo llamarse Ruth Fennimore.

Otra, Abbe Lamb.

Otra, Marilyn Bedford.

Y… ¿cómo no creerlo, si sus pasaportes y documentos estaban en perfecta regla?

Motivo del viaje, idéntico: turismo, vacaciones…

Y precisamente la falta de originalidad dio veracidad a tales motivos.

Posiblemente, la más llamativa era Ruth Fennimore, tan alta y pelirroja. Una de esas mujeres que obligan a los hombres a tomar píldoras para crecer, pensando que no todo está perdido y que la Ciencia puede obrar milagros.

Empero, cuando la esbelta pelirroja salía del aeropuerto, no se acercó a ella un gigante, sino un hombre que debía ignorar lo de las píldoras para el desarrollo corporal.

—¿Nadia Boronov? —preguntó el hombre.

La pelirroja lo miró como a un gusano más o menos simpático.

—¿Cómo dice?

—¿Es usted Nadia Boronov?

—¿Está usted loco, señor?

El hombre sonrió, condescendiente.

—Nunca se sabe… —deslizó filosóficamente—. De todos modos, no creo equivocarme.

—¿No?

—¿Conoce a Igor Rosovski?

La mujer sonrió, como comprendiendo que era su turno.

Y dijo:

—Fuimos juntos a la escuela.

—Ajajá. ¿Trae los diez millones de rublos?

Ruth Fennimore volvió a demostrar, con su mirada, que aquel tipo le recordaba a un gusano. Lo cual no era del todo exacto, ya que el hombre tenía un aspecto muy agradable, a pesar de ser un poco calvo y de dejar bien claro, por su blanca epidermis, que el sol

era para él solamente un astro del cual había oído hablar. Vestía bien, su mirada era inteligente, su porte algo altanero, y en conjunto, de no haber sido tan alta la mujer, él habría resultado un ejemplar más o menos aceptable.

—¿Diez millones de rublos? —preguntó Ruth Fennimore.

—Diez. Ni uno menos. ¿Los trae?

—Sí.

—¿Dónde?

Ella abrió su preciosa, blanca y brillante boca, y señaló hacia dentro con un dedito maravilloso.

—En un diente de oro —confesó en tono confidencial.

—¿Diez millones de rublos en un…? —El hombre enrojeció, se tocó la punta de la nariz rabiosamente y dijo algo en inglés.

—No diga esas cosas —amonestó la mujer.

—Y usted no diga tonterías, Nadia Boronov —farfulló él—. Se hizo un trato, ¿no es cierto?

—Así parece.

—Quiero diez millones.

—Y yo quiero lo que sea que usted tiene que dar a cambio de esa cantidad. ¿Lo tiene?

—Aquí, no.

—Entonces, me temo que me he dejado el «diente de oro» en mi equipaje.

—Me basta con que esté en su equipaje.

Nadia Boronov, esto es, la falsa ciudadana inglesa Ruth Fennimore, frunció enloquecedoramente el ceño.

—Está en mi equipaje, señor Camaleón.

—¡Sssst…!

Ella lo miró con expresión auténticamente divertida.

—Oiga, ¿cuánto tiempo hace que se dedica usted al espionaje?

—¡Cállese!

Ruth Fennimore se echó a reír divertidamente.

—¡Pero esto es divertidísimo! —Hipó—. ¿O acaso no le cree usted así, señor Salamandra?

—Camaleón —rectificó hoscamente el hombre.

—¡Oh, sí…! ¿Qué más da?

—Si insiste en tomar la cosa a broma…

—¿Qué?

—Desharemos el trato.
—No sea idiota, Lagartija; por diez…
—Camaleón.
—Eso es, Camaleón. Mire, señor Camaleón, la vida es una tornería a veces. Ahora mismo, la de usted y la mía juntas valen menos que un cigarrillo… ¿Tiene un cigarrillo?
—Sí, sí, claro…
El hombre, un poco calvo, pero agradable, sacó un paquete de cigarrillos, lo agitó y ofreció las puntas de tres o cuatro a la espía.
Ella tomó uno como si fuese de vidrio muy frágil.
—Cigarrillos americanos —sonrió—. Además de esto, para hacer saber a todo el mundo que usted llegó de Estados Unidos hace pocas horas, tan pocas que ni siquiera ha tenido tiempo de acabar este paquete de cigarrillos, debería colgarse un cartelito del cuello que dijese Made in USA. Así, nadie tendría dudas de que usted es norteamericano.
—¿Está obligada a ser tan mordaz?
—¿Cuánto vale su vida, para usted?
—Mucho… Muchísimo.
—La mía, para mi, también vale muchísimo. ¿Por qué no se pega un tiro y así todo acabará bien?
—¡Oiga…!
—Señor Lagartija. Voy a alojarme en el Drake Hotel. Imagino que usted ya ha comprendido que el tiempo es oro y la vida más que oro. Recoja su material en venta y visíteme en ese hotel. Yo le tendré preparado el dinero. Hasta entonces, esto es, hasta que la cosa vaya a quedar ultimada, no se ponga delante de mi vista. Y, por favor, si me viese bañándome en Paradise Beach, no se acerque: me temo que usted, en traje de baño, me resultaría insoportable.
—No debería hablarme así.
La hermosísima pelirroja lo miró cariñosamente, pero con una expresión de desprecio tal en el fondo de los ojos que Camaleón, tan cerca de ella, tuvo que notarlo.
—Salamandra: tendrá sus diez millones cuando yo tenga lo que usted quiere vender. Bien entendido que, previamente, lo examinaré. Hasta entonces, si no quiere que hable «así», evíteme la desagradable sensación de su presencia… ¿Le he dicho que estaré en el Drake Hotel?

—Sí…

—Entonces, hasta la vista.

—¡Espere!

Ella clavó su lindo pie en el suelo y se volvió a medias.

—Usted dirá…

—¿Por qué me desprecia?

Nadia Boronov le dio una última chupada al cigarrillo y lo tiró entre los pies de Camaleón.

—¿Es usted norteamericano? —preguntó.

—Claro.

—¿Y va a vender por diez millones de rublos una cosa que posiblemente perjudique a Estados Unidos?

—Eeee… Bueno, sí…

—Vaya… ¿Y me pregunta por qué le desprecio?

Ya no dijo nada más la espléndida mujer. Sus esbeltas caderas se movieron con gracioso ritmo, marcando un paso elástico y elegante hacia uno de los taxis. Cuando ya estaba muy cerca del vehículo elegido, volvió discretamente la cabeza, hacia Camaleón, el cual continuaba en el mismo sitio.

Y cuando quiso volver la cabeza hacia el frente, chocó de lleno con una muralla.

O algo así.

Primero, Nadia Boronov vio un hombro enorme y un brazo lleno de músculos. Luego, una garganta, un cuello tostado, dorado, restallante de tendones que parecían de acero. Más arriba (¡mucho más arriba!), había una cara de hombre, unos ojos claros, de un azul sorprendente, y un montón de cabellos rubios.

La mujer quedó tan sorprendida por el hallazgo de aquel ejemplar masculino, que su asombro fue evidente. Tanto, que incluso el gigante rubio, vestido de blanco y con un lindo pañuelo azul al cuello, tuvo que notario.

—Hola —sonrió el hombre—. Me apuesto diez dólares a que está un poco «mosca», preciosa.

—¿De dónde sale usted? —sonrió ella.

—De lo más profundo del mar azul; de las cuevas de la Mitología marina… Oiga, ¿oyó hablar de Neptuno?

—A menudo.

—Bueno —el hombre miró a su alrededor, cómicamente

confidencial—. Pues él es mi abuelo.

—¿Quién?

—¡Neptuno! ¿Quién va a ser?

—Es una ocurrencia simpática. ¿No le molesta ser tan alto?

—¿Le molesta a usted ser tan hermosa?

—¡No! —rió Nadia Boronov.

—Pues ya está. ¿Una lancha? ¿Quiere una lancha?

—¿Una qué?

—Una lancha, guapa. Conozco los mejores lugares de la isla… ¿Conoce New Providente?

—De oídas.

—¡De oídas! —El gigante rubio se llevó las manos a la cabeza—. ¡Esto es una barbaridad! Vamos a ver: ¿qué es lo que le gusta más a usted?

—No entiendo…

—A ver: ¿pesca?

—Psé…

—¿Esquí?

—¡No, no…!

—¿Recorrido de la isla por la costa?

—Es posible.

—¡Hey! —El gigante bajó el tono de voz—. Si lo que quiere es tomar el sol… digamos con toda libertad, conozco un montón de sitios; ni siquiera yo miraré. La puedo llevar allá por cien dólares diarios.

—Señor mío, ¿quién es usted? Mejor dicho, ¿qué es usted?

—Alquilo lanchas. No busque a nadie en esta isla que conozca su oficio mejor que yo.

—Ahora voy comprendiendo. Usted está aquí a la caza del turista, ¿no es cierto?

—Le haré una rebaja.

—¡No hace falta! —rió la mujer—. Si en algún momento necesito una lancha veloz y bien gobernada, le buscaré a usted.

—Usted es inteligente, señorita. ¿Dónde la paso a buscar?

—No he dicho tanto. Pero si necesito una lancha en algún momento, le buscaré, digo. ¿Cuál es su nombre?

—Burton. Usted sólo tiene que ir a los embarcaderos de Paradise Beach y preguntar a cualquiera: «¡Hey! ¿Adónde está Burton?». Y

allá se lo dirán.

—Muy amable. Burton… ¿qué más…?

—Burton.

—Si, sí, Burton; pero… ¿qué más?

—Burton.

—Oiga, le estoy preguntando…

—No se complique la vida. Me llamo Burton, Burton, se lo estoy diciendo.

—No puedo creerlo.

—Paciencia. Cosas de mi padre, ¿sabe? Le aseguro que mi nombre es Burton H. Burton.

—¿Qué quiere decir la hache?

—Horace.

—Es usted fantástico. ¿Por qué se apostó diez dólares a que yo estaba un poco «mosca»?

—Porque usted no esperaba encontrar un tipo como yo, tan alto y apuesto.

Ruth Fennimore volvió a reír.

—¡Ha ganado diez dólares! ¿Se los pago ahora o cuando volvamos a vernos?

—¡Maldita sea mi estampa, señorita! Si hemos de volver a vernos, le perdono los diez dólares.

La espía rusa se metió en el taxi. Asomó la cabeza por la ventanilla, sonriendo.

—Hasta la vista, Burton, Burton.

—Amén.

* * *

Ruth Fennimore se volvió hacia el botones, le dio una propina y dijo:

—Puede marcharse…

—La ayudaré…

—No, no, gracias… Me gusta descubrir yo misma las maravillosas vistas de la bahía.

El botones sonrió, sobre todo debido al peso de la moneda que le había puesto en la mano.

—Muchas gracias, señorita.

Salió.

Ruth Fennimore fue hacia la puerta, cerró de manera que nadie pudiese entrar, ni siquiera con la llave maestra del hotel, y fue luego hacia el gran ventanal de la espaciosa entrada a la *suite*. Descorrió las cortinas, alzó la persiana graduable, aspiró la brisa del mar y sin darse cuenta, se encontró pensando en el gigante rubio que alquilaba lanchas.

Aquello era una tontería, claro; de modo que lo olvidó inmediatamente, utilizando su gran poder de voluntad, y desentendiéndose del maravilloso espectáculo de las playas color coral, fue al dormitorio de la *suite*.

Abrió la puerta, pero no entró.

Simplemente, dijo:

—Ya estoy aquí.

Entonces se apartó de la puerta, fue hacia la bolsa de viaje, la abrió y sacó un paquete de cigarrillos ingleses. Cualquier detalle era importante en la clase de vida que llevaba. Cuando hubo encendido el cigarrillo, se volvió y se quedó mirando al hombre que había aparecido en la puerta del dormitorio, a través del humo del cigarrillo.

—¿Cómo estás? —inquirió, indiferente.

CAPÍTULO II

El hombre *no pareció considerar* que su estado de salud *fuese* importante. *En* cambio, *sí* demostró mucho interés *por* la mujer.

—Hacía ya mucho tiempo *que* no nos veíamos, Nadia.

—A mí no me ha parecido tanto, Igor. ¿Estás seguro de que no hay micrófonos aquí?

—Estoy seguro. Nadia, tenía deseos…

—Sé *muy* bien *cuáles* son *tus* deseos hacia mí, pero no he venido a las Bahamas para que me los digas una vez *más*. ¿De quién ha *sido* la feliz idea de ir a esperarme al aeropuerto?

—*Mía*, no…

—Menos mal. Ese Camaleón es idiota… ¿No supiste convencerlo de que era peligroso abordarme apenas salir del aeropuerto?

—No se dejó convencer. Está asustado.

—*¿Sí?* Bueno, pero no tanto que se le olvide pedir diez millones *de* rublos. Emmm… Bueno, se supone que *Camaleón* querrá el dinero equivalente a diez millones *de* rublos en moneda americana o inglesa, ¿no?

—Claro.

Nadia Boronov se sentó en el sofá, cruzó magistralmente las hermosas piernas y chupó del cigarrillo, aprovechando la supuesta molestia del humo para achicar los ojos y repasar atentamente a Igor Rosovski. Éste era un tipo atlético, elegante, agradable. Tenía los cabellos castaños y los ojos muy claros. No se le podían calcular más de treinta años.

—Ven a sentarte a mi lado, Igor. Tenemos que hablar.

El ruso se acercó, miró seriamente las preciosas piernas, tomó un cigarrillo, lo encendió y se sentó.

—Mi nombre por aquí es Abel Carter, Nadia… ¡Oh!, y el tuyo es

Ruth Fennimore, es cierto. —Puso una mano en la rodilla visible de la mujer—. ¿Estás preocupada?

—Siempre estoy preocupada cuando salgo a hacer algún trabajo. Tanto, que jamás desvío mis pensamientos de mi misión; los mantengo siempre concentrados en el trabajo. Y… creo que tú estás desviando los tuyos ahora, Abel.

El retiró la mano de la rodilla de ella.

—¿Qué es lo que te preocupa? —susurró.

—¿Le dijiste tú mi nombre a Camaleón?

—Sí.

—¿Le dijiste cómo era yo?

—Claro.

—¿Estás perdiendo facultades, Abel?

—Confío en Camaleón, eso es todo. Por cierto, su nombre auténtico es Arnold Bander.

—Lo tendré en cuenta. ¿Qué es lo que vende?

—Un hombre y una clave.

—¿Un hombre y una clave? ¿Nos interesa eso?

—Arnold Bander es uno de los hombres que manejan el teletipo Rojo, como le llaman por ahí.

Nadia Boronov quedó petrificada. Casi palideció. Estaba claro que se sentía profundamente impresionada.

—¿Estás seguro? —musitó.

—Completamente seguro. Parte del trabajo de Arnold Bander, o Camaleón, como queramos llamarle, consiste en el manejo de ese teletipo que une directamente Washington y Moscú.

—¿Te das cuenta de lo que eso puede significar?

—Me doy perfecta cuenta.

—¿Cuál es el hombre que vende Camaleón?

—A sí mismo. Y se acompaña con una clave ideada por él, que entra en el importe total de los diez millones de rublos. Espero que ya habrás comprendido de qué se trata exactamente.

—Creo haberlo comprendido. Pero la cosa es de tanta envergadura que prefería oírtelo decir a ti con toda claridad, para estar segura de lo que parece.

—Arnold Bander trabaja en el teletipo Rojo. Es un experto electrónico y en claves para transmisión. Tener a un hombre de esa categoría dentro del… digamos circuito cerrado que une Moscú y

Washington es lo más formidable que puede ocurrir al país que consiga encontrar un traidor al otro lado. Atiende: Arnold Bander tiene turnos de transmisión periódicos. La línea privada transporta aclaraciones, noticias, preguntas… Ahora, imagínate que Bander, tal como me ha ofrecido, utilice su clave para introducir informes en Moscú, de tal manera que nadie pueda darse cuenta. Si, por ejemplo, Estados Unidos responde a una petición de explicaciones formulada por Rusia respecto a cualquier incidente, Arnold Bander, con su clave, puede enviar su propio mensaje sin alterar la redacción del que sirve de base.

—¿Cómo puede conseguirse eso?

—Si lo supiéramos, querida Ruth —sonrió el hombre—, solamente tendríamos que pagar cinco millones a Bander.

—¿Crees que es cierto que él puede conseguirlo?

—Sí.

—¿Qué clase de clave debe ser?

—No malgastaremos energías en intentar descubrirlo: no es nuestra especialidad, Nadia. Pero si lo es la de Camaleón. Voy a ponerte un ejemplo clarísimo de lo que puede conseguir ese hombre con su sistema, sin que nadie advierta nada… Por ejemplo, un hombre de la CÍA cae en nuestras manos, en Turquía, y surge uno de tantos pequeños conflictos que ahora empiezan a solucionarse directamente. Supongamos que a una propuesta nuestra, los norteamericanos contestan esto, textualmente: «De acuerdo con las condiciones estipuladas. Consideramos satisfactoria devolución agente, pero insistimos en que su misión era simplemente vigilancia y no espionaje directo relacionado con Rusia; mucho menos, se intentaba agitación o revuelta de ninguna índole». Supongamos que eso es, textualmente, digo, lo que se ha cursado.

—Supuesto está.

—Muy bien. Ahora, tomando como base ese mensaje de respuesta norteamericano, Arnold Bander puede conseguir, sin cambiar ni siquiera una coma, sin alterar en lo más mínimo el mensaje, que nosotros recibamos una información complementaria de primera mano.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo: dentro de ese mensaje redactado por el servicio idóneo norteamericano, Arnold Bander, alias Camaleón, puede

intercalar cosas como ésta: «Agente CIA que se menciona, tiene importantes conocimientos auténticos proyectos servicio espionaje norteamericano en Turquía». Y todo esto, Nadia, insisto en que puede hacerlo sin alterar en lo más mínimo el mensaje original.

—Sería, sensacional, desde luego.

—Aparte de esta información que facilitaría Bander por su cuenta y riesgo, está la que podríamos enviar yo y otros hombres como yo por medio del teletipo, sin complicaciones. Los datos más importantes recogidos cada semana serían recopilados y simplificados. Hecho esto, se le entregaba a Bander todo el material, y en su turno, él iría intercalando toda nuestra información, con lo cual el servicio de comunicaciones entre nosotros y Moscú no podría ser más simple ni seguro… ¿Qué te parece, Nadia?

—Me parece una quimera.

—Te aseguro que es posible.

—Abel, ¿has pensado que todo eso puede ser una trampa, medida por el contraespionaje norteamericano, para atrapar a muchos de nosotros? ¿Has pensado que, quizá, ese Camaleón está engañándonos, trabajando en realidad para la CIA o el FBI, que quieren hacer una buena redada de agentes rusos en Estados Unidos?

—Naturalmente que lo he pensado, Ruth —sonrió él—. Eso es precisamente la primera idea que tuve. Pero los pequeños detalles que he ido reuniendo, y muy largos de contar ahora, me han convencido de que podemos confiar en Bander.

—¿Confiar en un hombre que traiciona a su propio país?

—Su país no le va a dar diez millones de rublos… —sonrió Abel Carter.

—No me parece razón suficiente…

—¿No? Son diez millones de razones, Ruth, no una sola.

—No sé, no sé… ¿No sospecharán de Camaleón por este viaje suyo a las Bahamas?

—Son sus vacaciones. Y ya hace tiempo que viene comentando con sus compañeros, en el teletipo, que se iba a dar la gran vida en las Bahamas. La presencia de Arnold Bander aquí, en Nassau, no puede extrañar a nadie.

—Lo habéis preparado bien, ¿eh?

—Con toda perfección.

—En ese caso, ¿por qué esa tontería de esperarme en el aeropuerto? ¿Por qué no me ha esperado aquí, simplemente? Yo le habría pagado, él me habría entregado la clave, hubiéramos quedado de acuerdo en todo los tres… y trabajo liquidado.

—Podemos suponer que él, antes de entregarnos la clave y concretar nada, ha querido asegurarse de que tenemos el dinero… ¿Lo tienes?

—Lo tendremos a su debido tiempo. Dime una cosa: ¿qué nos impediría a nosotros darle el dinero, quedarnos con la clave, matarlo y luego quedarnos clave y dinero? ¡Oh, no me lo digas! A veces, hasta yo puedo tener fallos de inteligencia.

—Celebro que lo reconozcas… Pareces menos fría entonces, Nadia.

—Ruth —corrigió suavemente ella.

—Ruth. Esto… En efecto, tal como has pensado: ¿de qué iba a servirnos la clave, si no teníamos a nadie que la manejase en el teletipo norteamericano? *Y* ese hombre sólo puede ser Camaleón. Por lo tanto, él quiere tener en su poder definitivo el dinero. Luego, sabe que no le mataremos… mientras cumpla su cometido. Y lo cumplirá, estoy seguro.

—Está bien. ¿Cuándo lo vamos a volver a ver?

—El me llamará a mí. Estoy en la *suite* contigua a la tuya, la «ochocientos cuarenta». Tú preocúpate exclusivamente de tener preparado el dinero para esta noche.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—Yo añadiría algo más… pero es personal y temo que no iba a conseguir nada. No quiero molestarte, Ruth…

—Te lo agradezco. ¿Conoces a un hombre llamado Burton, Burton?

—¿Burton, Burton? No… ¿Quién es?

—Burton H. Burton. La hache es de Horace. Es un hombre enorme, atlético, simpático. Tiene unos treinta años, es rubio, está muy tostado por el sol. Sus ojos son azules. Según parece, se dedica a alquilar su lancha en los embarcaderos de Paradise Beach.

—¿Todo eso te lo dijo él?

—Sí. Se ofreció.

—Hay una bahía llamada Paraíso, en efecto[4], en una isla pequeña que puedes divisar desde el ventanal. Pero allá no hay

embarcadero. La isla se llama Hog.

—¡Entonces…!

—Espera. Entre la costa de Nueva Providencia y la de Hog Island, hay algunos embarcaderos en los que se alquilan lanchas, yates, «snipes», balandros… Uno de esos embarcaderos se llama Paradise Beach.

Nadia Boronov suspiró profundamente.

—Había empezado a temer… Bueno, de todos modos, será mejor que te enteres bien de quién es y qué hace el gigante llamado Burton.

—¿Sospechas de él?

—Debería contestarte que sospecho de todos; pero, realmente, no, no sospecho de Burton, Burton. Y. sin embargo, tampoco acaba de gustarme que me abordase a mí, habiendo mucha más gente…

—Quizá ese hombre sabe elegir su clientela —sonrió apagadamente Igor Rosovski—. Creo que yo también me habría dirigido a ti.

—Me halagas, Abel. De todos modos, entérate bien.

—Lo haré. A la hora del almuerzo te llamaré y te diré lo que haya averiguado.

—Bien. Y… ¿qué hay de Camaleón?

—Por el momento, olvídalo. Ya te he dicho que él me llamará a mí, y que tú solo has de preocuparte de conseguir el dinero. Creo que me voy ya…

—Buena idea —aprobó Nadia Boronov—. Así podré ordenar esto un poco y bañarme.

Igor Rosovski miró intensamente a Nadia Boronov durante unos segundos; finalmente, encogió los hombros y se dirigió hacia la puerta.

—Estás condenada a la congelación eterna, Nadia. Por apasionado que sea el hombre que se te acerque, antes se congelará él que te deshelará a ti. Compadezco al que sea.

Salió sin dar tiempo a la mujer a contestar. Lo cual dejó por completo indiferente a Nadia Boronov, que abrió sus dos maletas de factura inglesa, sacó todas las prendas, las distribuyó en el armario del dormitorio y luego arrancó el doble fondo de una de las maletas; se quedó contemplando pensativamente los fajos de billetes ingleses.

—Diez millones de rubios convertidos en esto —susurró—. Y lo más triste del caso es que van a ir a parar a manos de un hombre en verdad desagradable Camaleón… ¿Por qué estará empleando semejante alias?

CAPÍTULO III

—¿Señorita Lamb?

Camelia Sandurst era una espía demasiado sólida ya para que ni siquiera sus cejas se alzasen como pequeña muestra de desconcierto. Allí, en Nassau, ella era Abbe Lamb, y eso era todo.

—En efecto —sonrió—. ¿Ocurre algo?

—¿Me permite pasar?

Entonces sí se frunció el ceño de Camelia, fija su mirada en el empleado del hotel, que utilizaba un tono tan confidencial. Era un hombre de estatura mediana, de rasgos correctos, ojos castaños, cabellos entrecanos muy abundante y grandes bigotes y patillas.

—Me disponía a ducharme. Si me dice qué desea usted…

—Camaleón.

Camelia sonrió ampliamente.

—Lo suponía, pero… Pase…

El hombre entró; miró a su alrededor y sus ojos quedaron fijos en una de las maletas. Se volvió hacia Camelia.

—¿Ha traído el dinero? —preguntó.

Camelia miró amablemente a su visitante.

—Señor Camaleón; un millón de libras, más o menos, no se entrega por las buenas al primer bigotudo que se presente.

El hombre se sofocó un poco.

—¿Qué está diciendo? —masculló.

—Que el dinero va a tener que ganarlo… muy bien ganado, señor Camaleón.

—Oiga, yo comprendo…

—Estamos en un plan amistoso, ciertamente. Pero comprenda que no debo ni siquiera admitir que tengo tanto o cuanto dinero delante de un hombre al que jamás he visto, del que no se tiene

constancia en nuestros archivos en ningún sentido… ¿Quién es usted, en realidad?

—Camaleón.

—¿Se dedica habitualmente al espionaje?

—Desde siempre.

Camelia se echó a reír.

—¡Eso no se lo creería nadie de nuestro oficio, señor Camaleón! ¿Acaso cree usted que puede engañar a una espía presentándose con peluca, patillas y bigote falsos?

Camaleón respingó y se llevó las manos a las sienes precipitadamente. Camelia volvió a reír.

—No se preocupe, lleva la peluca bien puesta. Pero ya le he dicho que no podrá engañar a nadie de la profesión. Y ahora, hablemos en serio. Se me ha enviado a Nassau para establecer contacto con usted justamente en este hotel, el British Colonial. Quiero que sepa que mi presencia aquí significa que a sus proposiciones, inicialmente, se les ha concedido una cierta importancia, y que estoy autorizada para pagar una buena cantidad por… ¿Por qué, señor Camaleón? ¿Qué tiene usted que considera de gran importancia para el MI Cinco? ¿Cuánto pide exactamente por ello?

—Un millón de libras.

—Puede ser mucho y puede ser poco —ni siquiera se alteró Camelia—. Muy bien, un millón de libras. ¿Qué da a cambio?

—Informes fidedignos de las relaciones privadas entre Rusia y Estados Unidos.

Camelia se quedó boquiabierta.

—¡Oh, vamos! —refunfuñó en seguida—. Esto puede ser un juego para usted, señor Camaleón, pero…

—¿Lo considera imposible?

—Eso, en primer lugar. Luego está el hecho de que Estados Unidos e Inglaterra son amigos, y meter las narices en sus asuntos privados…

Esta vez le tocó el tumo de reír a Camaleón.

—¡Por favor, señorita Lamb…! Es pueril su intento de obtener una rebaja por esos informes, mostrando desinterés hacia ello.

—¿Cree que realmente nos interesa espiar a Estados Unidos, señor Camaleón?

—Sí.

La afirmación fue escueta y seca. Camelia se sentó en un sillón, señalando otro a Camaleón. La bella espía encendió un cigarrillo, dejó que Camaleón mirase a sus anchas las esbeltísimas piernas, y susurró:

—Está equivocado.

—Mire, señorita Lamb. —Camaleón se sentó en el sillón señalado por ella—, yo no pretendo que usted admita que le interesa espiar a Estados Unidos. Lo que usted admita o no, me es indiferente. Ocurre que yo parto de la base más o menos cierta de que, según tengo entendido, los ingleses inventaron el espionaje…

—Habladurías.

—No me importa. Yo sé muy bien que por muy *amigos* que *sean* Inglaterra y Estados Unidos, ustedes, los ingleses, *no* pueden dejar escapar la oportunidad de saber qué se dicen Estados Unidos y Rusia *por* medio del *teletipo* Rojo.

Camelia palideció. Por un instante, pensó en lo que podía significar para ella haber contribuido a que su país contase con tal información.

—*¿Eso* es…? ¿Eso es la información que usted vende?

—Sí.

—¡Imposible!

—No es imposible, *lo* sé muy bien. No estoy actuando a tontas y a locas, señorita Lamb. *Yo* les ofrezco a ustedes proporcionarles informes detallados *semanales de las* relaciones privadas ruso-americanas, las que se sostienen *por* medio del teletipo *Rojo*. Y, además, un informe mensual de las actividades rusas en Estados *Unidos* y *la* naturaleza de los informes que los espías rusos envían desde ahí a Rusia.

—Usted está loco.

Camaleón sonrió.

—*Loco* o no, eso ofrezco… A cambio, un millón de libras. ¿Acepta o rechaza?

—¿Cuál es su nombre auténtico?

—No voy a facilitarle información alguna sobre mi, señorita Lamb. ¿Y bien? Estoy esperando una respuesta.

—Su proposición es demasiado importante para que yo pueda responder inmediatamente y por mi misma.

—De acuerdo. —Camaleón se puso en pie—. La llamaré esta noche, señorita Lamb. Para entonces, espero que usted sepa ya cuál es su respuesta. Le ruego que no me haga perder tiempo dando largas al asunto.

—Cuente con ello. Esto… señor Camaleón.

Éste, que ya se dirigía hacia la puerta, se volvió.

—Diga.

—Supongamos que acepto. ¿Cuándo y cómo empezaríamos nosotros a recibir esa información de usted?

—No se preocupe por esos detalles. Esta noche, cuando la llame, hablaremos de los pormenores.

—Está bien. Hasta la noche.

—Adiós. Y, por favor… no me siga.

—Tengo algo mejor que hacer: ducharme.

Camaleón salió de la *suite*, cerró la puerta, miró a ambos lados del pasillo y fue hacia el fondo de éste. Tuvo que esperar un par de minutos para poder disponer del montacargas del servicio del hotel. Bajó a la planta, recorrió un pasillo hasta encontrar los aseos del personal, y se metió justamente en el que, en la puerta, mostraba un letrero que anunciaba «en reparación». Se llevó el letrero consigo, cerró por dentro y recogió un paquete pequeño y alargado que había estado oculto detrás del inodoro. Lo abrió. Era un espejito estrecho y largo, una peluca y una barrita de polvos compactos para embellecimiento femenino. Se arrancó la peluca que llevaba, así como las patillas y el bigote. Luego, se friccionó el rostro con los polvos compactos, hasta que en el espejito se vio más tostado su rostro. Entonces se puso la otra peluca, que, en lugar de ser entrecana, era de un negro sorprendente. Finalmente, sobre sus cejas, se pegó otras, más anchas e hirsutas. Se miró al espejo, sonrió satisfecho y recogió todo el sencillo material para metamorfosis. Algunas personas podrían haber comprendido entonces el porqué del alias del Camaleón, va que, cuando ya recogió todo, se puso unas gafas negras y se quitó la chaqueta del uniforme de los empleados del British Colonial, todavía resultó menos reconocible.

Haría falta muy buena vista y mucha experiencia para poder seguir la pista a Camaleón tras aquel cambio.

Salió.

Tiró el cartelito a un lado. De nuevo en el pasillo lo recorrió en

sentido inverso. Dejó la chaqueta del uniforme sobre unas cajas, continuando adelante, con toda naturalidad. Ahora mostraba una camisola azul pálido, de cuello abierto, y ofrecía un aspecto más deportista y juvenil.

Cuando iba a dar marcha al montacargas, apareció un camarero del hotel, corriendo hacia allí. Entró junto a Camaleón, le miró sonriendo, pero con un gesto de extrañeza, muy lógico, y preguntó a qué piso iba. Camaleón indicó el sexto y el camarero movió las manecillas hasta aquel número. Luego, cuando Camaleón hubo descendido del montacargas, éste continuó uno más.

Para entonces, Camaleón estaba llamando a la puerta de una *suite*, mientras palmeaba la peluca anterior en su bolsillo, lo mismo que las patillas y el bigote.

Tuvo que esperar casi un minuto, a pesar de insistir un par de veces para que le abriesen la puerta, y sólo una rendija.

Un rostro de mujer.

—¿Diga?

—¿Es usted la señorita Bedford?

—Sí.

—Yo soy Camaleón.

—Oh… Mire, espere aquí diez segundos y entre. Voy a dejarle la puerta abierta.

—Bien.

Esperó diez segundos, entró y cerró la puerta. No vio a la mujer y optó por acercarse a la terraza del *living* y tumbarse en una extensible de tubo de aluminio. Sonrió como extasiado cuando percibió el olor a mar y a las flores de la terraza, exóticamente mezclados.

La mujer llegó poco después, con los negros cabellos recogidos, todavía húmedos, y muy brillantes los inmensos ojos negros… Tenía un cuerpo delicado, fino, elegante, incluso cubierto tan sólo con aquel coquetín de «nylon» que dejaba al descubierto las más finas piernas que Camaleón había visto en su vida.

—Lamento haberle hecho esperar —sonrió la señorita Bedford —, pero es que estaba desnuda cuando llamó. Acababa de bañarme… Usted dirá, señor Camaleón.

Éste tuvo que tragar saliva con fuerza. Se imaginaba más o menos qué tal podían estar la rusa Nadia Boronov y la inglesa que

se hacía llamar Abbe Lamb, en ropas ligeras, y estaba seguro de que podían llegar a paralizar la facultad pensadora de cualquier hombre.

Pero la mujer que tenía delante no obligaba a imaginar nada, ya que…

—No debería usted darle tanta importancia, señor Camaleón.

—¿Eh…? ¿Qué…? ¿A qué… se refiere usted?

—A mi belleza personal. —Pascale de Trevignon, la falsa señorita Bedford en Nassau, Bahamas, se sentó en una banqueta de tono rojo, situada entre la terraza y el curvado bar de diminuto mostrador—. ¿Quiere beber algo, señor Camaleón?

—Eee… No. No, gracias.

—Muy bien… Entonces, deje de contemplarme tan admirativamente y hablemos de espía a espía. Por supuesto —sonrió encantadoramente—, yo le agradezco mucho que usted opine de mí que soy maravillosa. Gracias…

—De… nada…

Pascale de Trevignon estuvo estudiando tranquilamente a su visitante durante unos segundos, con una cortés sonrisa en sus dulces labios en forma de corazón achatado. No parecía sentir un interés excesivo por el hombre y, además, en sus hermosos ojos había como una lucecita de ironía.

De pronto, se levantó; fue al bar, se sirvió un martini solo y echó dos «*rocks*» que sacó del congelador. Volvió a sentarse, bebió un sorbito y dijo:

—Señor Camaleón. Hace unos días, se recibió en el Deuxiéme Bureau una interesante carta suya. Usted daba determinadas instrucciones para ponerse en contacto con un agente de este departamento, y aquí estoy yo, el día convenido. Debo decirle que, en un principio, se pensó en la conveniencia de que yo eligiese el hotel y el comportamiento a seguir, pero, realmente, todo ello no habría significado más que molestias y dificultades para entrar en contacto con usted. De manera que decidimos arriesgar mi pellejo y colocarme donde a usted le convenía o quería. Y como ya estoy aquí, y no creo que nuestra situación sea propicia para perder el tiempo… ¿qué tal si arreglamos rápidamente nuestro asunto?

—Es usted encantadora, *mademoiselle*…

—Oh, no, nada de *mademoiselle*, señor Camaleón. Usted ya se

habrá enterado, seguramente, de que mi nombre aquí es el de Marilyn Bedford.

—No es demasiado difícil enterarse del nombre de una persona que se aloja en el hotel y en la *suite* que uno mismo indica, en efecto, señorita Bedford.

—¿Verdad que no? ¿Cuál es su oferta? ¿Qué vende y a qué precio?

—Sobre el precio, ya tienen ustedes una idea: como unos veinte millones de francos… fuertes, se entiende.

—¿Y qué vende?

—Puedo proporcionar al Deuxiéme Burean información completa y detallada de las relaciones privadas entre Rusia y Estados Unidos.

—¿De qué forma? —sonrió cortésmente la hermosa francesita.

—¿Cómo dice?

—Le pregunto de qué forma va a conseguir esos informes, señor Camaleón.

—Eso es cuenta mía. Usted sólo tiene que contestar si compra por veinte millones de francos esa información. Quede bien claro que me estoy refiriendo a muy buena parte de cuanto se comuniquen Estados Unidos y Rusia por medio del teletipo Rojo. Esos acuerdos privados que tanta preocupación causan a algunos llegarían semanalmente a conocimiento del Deuxiéme Bureau, con todo detalle y método. ¿Cree que le interesa el trato?

—Digamos que es interesante.

—Más interesante le parecerá cuando le diga que además podré informarle de muchas cuestiones de espionaje ruso en Estados Unidos y, posiblemente, también en algunos puntos de Europa.

—¿También puede conseguir esa clase de información?

—También.

—De acuerdo. Dígame cómo puedo encontrarle siempre que le necesitemos y cuál será nuestro sistema operatorio. Acepto, eso está claro. Sin embargo, señor Camaleón, debo advertirle…

—Pienso jugar limpio…

—Entonces, le daré el dinero…

—No, no. Ahora, no…

—¿No? Vaya, es usted sorprendente… ¿Qué hacemos?

—La llamaré esta noche. Para entonces, tenga el dinero listo.

—Muy bien. ¿No hay nada más que hablar?

—Por ahora, no.

—Entonces, hasta la noche.

Pascale de Trevignon alzó una mano hacia Camaleón, que se puso en pie y la estrechó.

La francesa se echó a reír.

—¡Creí que aprovecharía la oportunidad de besar mi mano, señor Camaleón!

—Eee… Oh, bueno…

—Hasta luego.

—Hasta… hasta luego.

Pascale estuvo inmóvil, sonriente, mirando a Camaleón hasta que éste hubo salido de la *suite*. Entonces, pareció dedicar su atención al martini, pero ya sin sonrisa. Dejó la copa y fue a su dormitorio Se quedó en la puerta contemplando la gran cantidad de billetes que la ocupaban, en un montón fascinante. Movió la puerta y se quedó mirando la pistola; ésta estaba pegada a la madera por dos tiras de esparadrapo, a la altura de donde podía llegar la mano de Pascale en cualquier movimiento natural. La despegó y se quedó mirando el dinero pensativamente.

—Según parece —musitó—, el señor Camaleón tiene intenciones de jugar limpio… Lo cual es, ciertamente, lo más alarmante de todo. Bueno, habrá que esperar a la noche.

* * *

Nadia Boronov estaba almorzando en el comedor del Drake Hotel cuando el botones comenzó a pasear el cartelito clavado en un palo, con el nombre de *miss* Fennimore. Nadia hizo una seña, y el botones se acercó.

—Teléfono, *miss* Fennimore.

—Gracias.

Segundos después, Nadia Boronov tomaba el auricular en la segunda cabina.

—¿Sí?

—¿Ruth?

—Sí.

—Soy Abel.

—Muy bien.

—Sobre Burton, Burton. Lleva más de un año en las Bahamas, en Nassau concretamente, y desde entonces está dedicado al alquiler de lanchas. Lleva una vida alegre y despreocupada, lo conoce todo el mundo y, aunque no parece tener demasiado dinero, se las arregla para vivir estupendamente. En los embarcaderos le quieren hasta las ratas. Es amigo de todos y, según dicen, lo que menos le preocupa de esta vida es el dinero. En cambio, las mujeres le apetecen más. Tiene un éxito arrollador y le saca partido particular a la lancha. A veces, se va un par de días con una chica… a pescar, y cosas así…

—El clásico aventurero que sólo piensa en vivir sin complicarse la vida, ¿no es eso?

—Eso es.

—Y además, lleva más de un año aquí… Bien, olvidémoslo, Abel. Ya volverás a llamarme. Hasta entonces.

Colgó y regresó al comedor. Se sentó a la mesa y se quedó mirando, sonriente, hacia el mar, los embarcaderos…

—¿Conque un éxito arrollador con las mujeres? Bueno, siempre hay mujeres fáciles de alcanzar. Me gustaría saber qué clase de éxito tendría el simpático Burton con una mujer… de verdad.

CAPÍTULO IV

Burton H. Burton hizo el segundo agujero en la lata. Luego, bebió directamente de ella, por el más grande. Dejó la lata a un lado, y continuó atizando dentelladas a la ración de pollo frío que acompañaba con cantidades enormes de lechuga.

Estaba sentado en la borda de la lancha, descalzo, con los pies colgando hacia el agua y la mirada *sonriente perdida* en *el* maravilloso *azul del* mar.

«Si alguna vez vuelvo a nacer, seré gaviota —pensó—, y vendré a picotear el alimento en estas aguas».

Era un pensamiento amable, y lo celebró bebiendo más cerveza. Justo cuando estaba bebiendo, la lancha se movió considerablemente, pero Burton aguantó firme en su sitio, sin dejar de beber. Antes de acabar el trago, vio la cara del hombre, mirando de reojo por encima de su hombro derecho.

—Hola, Hércules —le saludaron.

—Hola, enano —sonrió, tras tragar la última gota de cerveza—. ¿Te apetece algo?

—No como nunca con salvajes. ¿Cuántos pollos te has comido hoy?

—Estoy acabando el segundo. Prudente, como siempre. ¿Pasamos adentro o charlamos aquí?

—Pasemos adentro.

—Ve delante.

Mike Besham abrió la marcha hacía la cabina de la hermosa lancha, abrió las puertecillas y se volvió hacia Burton, que estaba cargando con lo que quedaba de su almuerzo.

Besham fue a la diminuta cocina y agujereó *dos latas* de *cerveza*. Salió bebiendo de una y tendiendo *la otra a* Burton, que ya se había

acomodado *convenientemente en* la redonda mesita de la sala, también pequeña, pero confortable y agradable. Había libros, cuadros, *cañas* de pescar, banderines…

—Bebe un poco más, bruto —aconsejó Mike—. Si *no quieres* que se te seque en el estómago la tonelada de *comida* diaria. Santo cielo, me pregunto cómo *pudieron pagar tus* padres *el* gasto de alimentarte.

—Los Burton somos gente de dinero —sonrió Burton—. ¿Todo ha ido bien, Mike?

—En mi cometido, sí. Pero, Burt, te juro que estoy desconcertado.

—Dímelo todo, y así quizá te acompañe en ese desconcierto… ¿Has visto a Jim?

—Sí, claro… Se quedó vigilando a la mujer. Lo último que sé de ella es que estaba almorzando cuando llamaron al teléfono.

—¿Quién?

—Demonios, ni Jim ni yo somos adivinos.

—Yo sí —sonrió Burton, hablando con la boca llena de pollo—. Alguien le estaba diciendo a esa linda muchachita…

—¡Muchachita! —bufó Mike Besham—. ¡Ni siquiera le debe faltar una pulgada para los seis pies!

—¿Te das cuenta de que eres un enano? A mí, la preciosa pelirroja me llega solamente a la barbilla.

Mike Besham no era ningún enano, sino un atlético y atractivo hombre de seis pies de estatura y hombros poderosos. Sin embargo, aceptó resignadamente lo de «enano». Había que aceptarlo, cuando lo decía Burton.

—¿Qué decías de esa linda muchachita?

—Decía que alguien le estaba hablando de mí por teléfono.

—¡De ti! Vamos, hombre…

—Igor Rosovski estuvo por aquí, se enteró de algunas cosillas mías, y fue a contárselas por teléfono a la palomita de alas rojas. Te apostaría la comida de un mes, Mike.

—¿Crees que ella desconfía de ti?

—La palabra «desconfianza» no resulta del todo exacta. Pero, Mike, esa mujer tiene que ser rusa, pues de otro modo, Igor Rosovski no la habría visitado en su *suite* del Drake Hotel.

—Oh… De modo que Jim te llamó por el cacharro, ¿eh?

—Sí. Te diré todo cuanto sé y luego me cuentas tú lo tuyo,

¿vale?

—Vale.

—Empezaremos por el principio, y así servirá de informe para Washington. ¿Correcto?

—Okay.

—Pues tráeme el magnetófono, anda, simpático. Está en mi camarote…

—Chico, maldita sea; vives como un rajá rodeado de criados…

Refunfuñando, Mike Besham fue a buscar el aparato. Por la actitud de Burton, comprendió que también tenía que prepararlo para su funcionamiento. Lo hizo, encendió un cigarrillo y luego puso un dedo sobre el botoncito.

—¿Ya, Burton?

Burton se limpió los labios con la servilleta de papel, recogió los restos de su comida, los envolvió cuidadosamente, los dejó a un lado de la mesa y encendió también un cigarrillo. Ya no parecía el despreocupado aventurero sin ambiciones. Su rostro se mostraba serio, concentrada la expresión.

—Ya, Mike.

Besham apretó el botoncito y el aparato empezó a funcionar.

Y Burton Horace Burton a hablar:

—Informa Burton Horace Burton, agente especial del Servicio destinado en Nassau, Bahamas. Agosto, trece, mil novecientos sesenta y cuatro. Asunto: relaciones inquietantes que se observaron entre el actuante en el teletipo Rojo llamado Arnold Bander y el espía ruso Igor Rosovski, que se hallaba localizado y vigilado en todas sus actividades, a la espera de apresarlo en momento conveniente, para obtener provechosas derivaciones. Está conmigo Mike Charles Besham, también agente especial del FBI, dedicado a la vigilancia de Rosovski y, como consecuencia, del sospechoso Arnold Bander.

Burton hizo una seña a Besham, el cual dijo:

—Presente Mike Besham, informando conjuntamente con Burton H. Burton en su lancha *Sílfide*, varada a las —miró su reloj— catorce veinte minutos en el embarcadero Paradise Beach.

—Prosigue informe y exposición de Burton H. Burton. El lunes, diez de agosto del año citado, se presentaron en mi lancha los agentes especiales del Servicio Mike Besham y James Kaneman, los

cuales se pusieron en contacto conmigo, me identificaron y se identificaron (anexo importante para perfecta identificación mía en este informe: Mike Besham y yo nos conocíamos ya de anteriores ocasiones y, también, de nuestros estudios formativos en Quántico). Besham y Kaneman se pusieron al corriente de lo que sigue: desde días atrás, se estaba vigilando al espía ruso localizado Igor Rosovski. Arnold Bander, actuante en el teletipo Rojo, buscó a Rosovski el día siete de este mes, con lo cual, el FBI llegó a la conclusión de que ya había habido entrevistas anteriores entre los dos hombres. Automáticamente. Arnold Bander quedó sometido a vigilancia de seguridad. El día diez de este mes, Arnold Bander y Rosovski llegan a Nassau, por separado. Bander se aloja en el Olympia Hotel y Rosovski en el Drake Hotel, *suite* ochocientos cuarenta. *Se* les vigila. *El* día trece, a primeras horas de la mañana, llega un avión, con los pasajeros corrientes… Mas, Arnold Bander, que ya había acudido el día anterior, se dirige a uno de los pasajeros. Una mujer, que dice llamarse Ruth Fennimore y que está alojada en la *suite* ochocientos treinta y ocho del Drake Hotel ahora. Hablan los dos. Se separan. Kaneman, Besham y yo estábamos en el aeropuerto. Kaneman sigue a la mujer, Besham sigue a Arnold Bander, y yo regreso a mi lancha.

Apretó el botón.

—¿Qué haces? —preguntó Besham.

—Cierra el pico, enano.

Burton encendió otro cigarrillo y volvió a apretar el botón del magnetófono.

—Reanudo. Kaneman me llama por el transmisor y me informa de que la mujer se ha alojado en el Drake Hotel, y de que se hace llamar Ruth Fennimore, inglesa, turismo. Poco después, Kaneman me llama para decirme que Igor Rosovski, hospedado también en el Drake, ha salido de la *suite* de la Fennimore. De ahí, llego a la conclusión de que esa mujer pueda ser rusa, como Rosovski, el cual aquí se hace llamar Abel Carter. Kaneman, que ya conoce las idas y venidas de Rosovski, decide dedicar su vigilancia a la mujer pelirroja. Ella baja a almorzar. La llaman por teléfono a mitad del almuerzo. Como yo ya sabía que Rosovski había estado interesándose por mí, deduzco que ha pasado el informe obtenido a la mujer, ya que, lógicamente, ella ha debido interesarse por mí, ya

que la abordé de un modo intrascendente, sólo para oír su voz y sacar conclusiones, por el acento, de su nacionalidad. Ningún acento especial, pero ella desconfía evidentemente. Kaneman continúa vigilándola. Mike Besham continúa ahora.

Apretó otra vez el botón y se echó hacia atrás en el asiento, mirando con interés a Besham.

Éste se hizo cargo del informe.

—Informa Mike Besham, como continuación indicada por Burton, Burton. He seguido a Arnold Bander. He aquí sus actividades: desde el aeropuerto se dirige, sin ninguna prisa, al British Colonial Hotel. Llega a los servicios interiores, se consigue una chaquetilla del uniforme del hotel que encuentra a su paso y entra en un inodoro, en cuya puerta cuelga, antes, el cartelito de «en reparación». Diez minutos después, sale de los servicios de aseó un hombre desconocido para mí… en principio. No consigue engañarme, a pesar de su aceptable habilidad. Se ha puesto una peluca canosa, patillas y bigote. Sube por el montacargas de servicio hasta el cuarto piso y llama a la puerta cuatrocientos setenta y seis. Entra. Sale a los quince minutos. Baja de nuevo a los servicios de aseo del personal del hotel y entra nuevamente en la casilla del inodoro que todavía tiene colgado el cartelito «en reparación». Como ya le conozco el juego, le espero lejos, en la punta del pasillo. Cuando vuelve a salir, casi se me escapa de verdad. En esta ocasión, su peluca es negra, su rostro está más bronceado y sus cejas son más espesas. Como complemento, gafas oscuras. Yo también he conseguido una chaquetilla de empleado del British Colonial y corro hacia el montacargas, consiguiendo tomarlo con él. Lo miro un poco extrañado, lo cual ha de parecerle lógico, pero no hago comentarios ni preguntas, en mi papel de discreto empleado. Arnold Bander se apea esta vez en el piso sexto. Yo subo hasta el siguiente, bajo corriendo por la escalera y tengo tiempo de verlo entrar en la *suite* seiscientos dos. Sale a los quince minutos, quizá algo menos. Finalmente, sale del British Colonial y se va al Olympia Hotel, donde está alojado. Sube a sus habitaciones. Convencido de que lo volveré a encontrar en cuanto me convenga, regreso al British Colonial y me entero de quiénes son los ocupantes de las *suites* que ha visitado Arnold Bander, el hombre de los disfraces. La cuatrocientos setenta y seis está ocupada por una

mujer llamada Lamb. La seiscientos dos por otra mujer, Marilyn Bedford. Ambas inglesas, ambas turistas como Ruth Fennimore, ambas muy bonitas y elegantes, como la Fennimore. Vengo a informar a Burton, Burton, pensando volver inmediatamente a reanudar la vigilancia sobre cualquiera de estos personajes, ya que, obviamente, de un modo u otro, existe relación entre ellos: Arnold Bander, Igor Rosovski, Ruth Fennimore, Abigail Lamb y Marilyn Bedford Si bien, debo hacer notar que la cosa parece dividirse: de un lado, Bander y la Bedford y la Lamb; de otro lado, Rosovski y la Fennimore. Son como las ruedas de un coche: separadas, y quizá ignorándose, pero relacionadas unas con otras, inevitablemente. Proseguiremos cautelosamente la investigación.

Detuvo la marcha del magnetófono y suspiró.

—Vaya… —suspiró también Burton—. ¿De modo que Bander está hecho un artista del camuflaje?

—Te aseguro que la primera vez casi se me escapa. Tuve que correr como un loco escaleras arriba, vigilando el montacargas, para saber adónde iba.

—Explícame de nuevo su biografía, Mike.

—Nada importante… en el sentido que a nosotros pudiera interesarnos, se entiende. Un ciudadano normal, muy inteligente, becado muchísimas veces, estudios superiores de electrónica, soltero, vida normal, buen carácter, numerosos amigos, participante en no menos de veinte congresos electrónicos. Ha subido a pulso. Actualmente está considerado como uno de los hombres más honestos, leales y capaces del servicio auxiliar de comunicaciones. Ocupa un puesto en la instalación del teletipo Moscú-Washington. Para todo el mundo, está en las Bahamas disfrutando de unas bien ganadas vacaciones.

—¿Y qué demonios hace con un tipo como Rosovski, un espía ruso?

—Eso es lo que tendremos que descubrir. Por supuesto, nada bueno.

—Quizá estemos metiendo la pata.

—¿Por qué dices eso?

—No sé exactamente… Resulta extraordinario que un hombre del prestigio de Arnold Bander tenga relaciones con Rosovski… *Y* esas visitas a esas mujeres del British Colonial, disfrazándose cada

vez… Se me ocurre que, contando a la Fennimore, que lo vio en el aeropuerto, cada una de ellas debe tener una visión distinta de Bander.

—Claro.

—¿Por qué hará eso?

—¡Y yo qué sé!

—Mira, no nos engañemos, Mike. De un modo u otro, todo este asunto huele a espionaje que apesta.

—Evidentemente.

—Bueno, tendremos que continuar trabajando.

—Sobre todo tú. Me he preguntado cómo conseguiste ese puesto. Hace un año que estás por aquí, pegándote la gran vida.

—Se supone que debe haber agentes como yo, listos para entrar en acción en el momento oportuno, sin haber despertado sospechas. Me gustaría saber qué ha pensado Igor Rosovski cuando le han dicho que llevo aquí un año.

—Un año de vagancia.

—Sabes muy bien que no es así, Mike.

—¡Claro que lo sé! Pero me irrita que tú lo pases tan estupendamente… aunque sea trabajando.

—Bueno, cálmate, chico. A lo mejor, con un poco de suerte, tienes que sacarme de la bahía cualquier día de éstos, con una libra de plomo en el cogote. Oye, ¿sabes una cosa? Casi me está pareciendo divertido este asunto.

—¿Qué ves divertido?

—Pues… Vaya, no podemos negar que tres mujeres bonitas en un asunto complicado pueden endulzar un poco los malos tragos… Sí, señor. De un modo u otro, yo creo que éste será un caso de… dulce espionaje.

CAPÍTULO V

La fresquita y apacible siesta de Nadia Boronov se vio interrumpida por los golpes dados en la puerta de su *suite*, apoyando las dos llamadas el timbre-carillón, cuyo
«ding-dong»
fue, precisamente, lo último en llegar a la consciencia de la espía rusa.

Nadia Boronov saltó de la cama, desnuda. Estiró su espléndida silueta y, dando al movimiento de uno de sus brazos ritmo de «*ballet*», recogió la transparente bata negra.

Si Camaleón la hubiera visto así, es muy posible que su admiración por la francesita Pascale de Trevignon hubiese decrecido considerablemente.

Como si pretendiese volar, se desplazó hacia la puerta, preguntándose si no sería mejor llevar su pistola. Y en esta duda, prefirió preguntar, antes de decidirse a abrir.

—¿Quién es?

Una voz sonó, en ruso, en la juntura de la puerta:

—Abre, Nadia Boronov.

—Un momento.

Había notado aquel conocido golpetazo del corazón al oír las palabras rusas en momentos en que, hablar en ruso, significaba peligro casi cierto. Regresó al dormitorio, recogió la pistola y la metió entre las hojas de una revista, firmemente empuñada en su mano derecha.

Luego, fue hacia la puerta y la abrió, apartándose.

Entraron dos hombres, con evidente confianza en su propia seguridad. Uno de ellos la vio en seguida y le sonrió inexpresivamente. Su mirada se dirigió en seguida hacia la revista y

la sonrisa fue un poco más humana.

—No es necesario la pistola, Nadia Boronov.

Nadia sonrió secamente.

—No podía estar segura de ello, Kirgo Ruzarian. Hola, Georgi Klonev.

—Hola, Nadia Boronov.

—Será mejor que nos llamemos por nuestros nombres ingleses: Ruth Fennimore, John Larson y Charles Kyler. Mmmm… Vuestra presencia me hace comprender que ha sucedido o está sucediendo algo importante. *¿No* es cierto? Sentaos y contádmelo.

Los dos espías rusos se sentaron, uno en cada *sillón*, dejando el sofá para Nadia.

—*Ha* sucedido lo que podía temerse tratando *con un norteamericano*, Nadia Boronov.

—¿Estamos en una trampa? —musitó la mujer.

—Así es.

—¿Estáis seguros?

—Pues… Bueno, más o menos. No podemos asegurar que ese hombre llamado Camaleón nos esté traicionando, pues eso sería tanto como admitir la traición de Igor Rosovski.

—Imposible. Igor jamás nos traicionaría. Admito que ese Camaleón puede estar jugando sucio, pero no Igor… ¿Creéis que Camaleón se dio cuenta que llegabais en el mismo avión que yo?

—¡No! —gritó Georgi Klonev, o sea, el falso Charles Hyler—. Ese hombre es como una zorra en medio de una jauría, Nadia Boronov. No he visto jamás a nadie tan ingenuo y simple en sus pasos y procedimientos. Lo asombroso, más que eso en sí, es que todavía los perros no se le hayan echado encima… Pero lo han estado siguiendo. Y a ti también, Nadia.

Los hermosos ojos de la pelirroja quedaron helados.

—¿A mí? Iré a buscar a Igor…

—Igor no está en su *suite*. En estos momentos debe estar todavía con ese absurdo hombre llamado Camaleón.

—Mmmm… ¿Quién me ha estado siguiendo, Georgi?

—Un hombre. Todavía está abajo, a la expectativa. Cuando tú acabaste de almorzar y subiste aquí, otro hombre se acercó a él, en la barra del bar, y le dijo algo que parecía casual, mientras le pedía fuego para su cigarrillo. Pues bien; ese hombre que habló con el que

le ha estado siguiendo a ti, es el mismo que ha estado siguiendo a Camaleón desde el aeropuerto.

—Camaleón y yo, pues, estamos vigilados.

—Efectivamente. Camaleón estuvo en el British Colonial Hotel, siempre llevando tras él a su hombre… y a mí detrás de los dos. Me parece, digo, que Camaleón no sabe con quién está jugándose la vida.

—Bien… habrá que hacer algo… ¿Podéis encargaros de los dos hombres que nos han seguido a Camaleón y a mí?

—Estamos aquí para eso, Nadia Boronov: para limpiarte el camino. Pero…

—¿Pero? ¿Hay un pero?

—Y muy grande. Si matamos a esos dos hombres será lo mismo que cortar la cuerda por los extremos y dejar el nudo en el centro.

—¿Hay un nudo que une a esos dos hombres?

—Un nudo muy grande. Digamos… una cabeza más grande que Kirgo y yo.

Nadia Boronov demostró que su inteligencia no era ninguna suposición errónea.

—¿Se llama Burton, Burton ese nudo?

Los dos rusos se miraron. Luego miraron a Nadia con aprobación y admiración. Kirgo Ruzarian asintió con un gesto.

—Así se llama. Y tiene una lancha llamada *Sílfide*, en los embarcaderos llamados Paradise Beach.

—Igor se encargó de él esta mañana. Dijo que Burton, Burton lleva un año en las Bahamas.

—¿Y qué? Nosotros tenemos agentes residentes en cincuenta países, algunos de los cuales llevan allá más de diez años, esperando el momento de actuar. Un año no ha de significar gran cosa para un norteamericano que, además de estar a hora y media de vuelo de su país, está viviendo aquí estupendamente.

—Estáis seguros, claro…

—Segurísimos. El hombre que siguió a Camaleón estuvo en la lancha y salió media hora más tarde, por lo menos.

Georgi Klonev deslizó, indiferente:

—¿Los matamos a los tres?

—No… Todavía no, Habrá que esperar. Sí suponemos que Camaleón está jugando limpio… ¿Por qué pensáis que no es así? El

hecho de que lo sigan puede significar eso. Y si suponemos que él está jugando limpio, hay algo muy importante que podemos conseguir. Por tanto, descartemos la precipitación. Un hombre muerto jamás nos servirá de nada. Un hombre vivo nunca se sabe el valor que puede tener.

—De acuerdo, Nadia Boronov. ¿Qué hacemos?

—Ese hombre que me sigue a mí… ¿os ha visto entrar aquí?

—Claro que no. No íbamos a entrar cuando él pudiese vernos.

—Está bien. Ahora, marchaos. De momento, yo me encargo de Burton, Burton, el deportista despreocupado y alegre… que tanto éxito tiene con las mujeres, según parece.

Kirgo Ruzarian y Georgi Klonev sonrieron irónicamente. Si Nadia se colocaba como mujer en el camino de Burton, Burton, éste lo iba a pasar en verdad mal.

Se pusieron en pie, se despidieron, miraron cautelosamente el pasillo y salieron de la *suite.*

Nadia fue a su dormitorio, tiró la bata negra sobre la cama y se puso, sencillamente, una falda azul, ceñida, y un jersey a rayas horizontales de varios colores, de agudo escote. Metió los pies en unas sandalias, recogió un bolso de mano con algunos billetes y escondió la pistola en la base del sillón del dormitorio.

Luego, restallantemente hermosa, elegante y juvenil, salió de la *suite.*

* * *

Burton oyó:

—¡Hola!

Sólo eso.

Y cuando se volvió hacia el embarcadero se quedó mirando, con la boca abierta, mudo de admiración, a la más bella mujer que jamás había conocido. Y lo mismo debía sucederles a aquellos de sus compañeros de embarcadero que no tenían trabajo, porque todas las miradas estaban fijas en la mujer.

Burton continuaba descalzo por la cubierta de la lancha, efectuando pequeños arreglos y ordenando cosas. Se olvidó de todo. Y tuvo que ser la mujer quien volviese a hablar.

—¿No me recuerda, señor Burton H. Burton?

—¡Oh, pues…! ¡Demonios, eso sería imposible! —explotó él.

—¿Está libre? —sonrió ella.

—Oiga, maravilla del mundo, si en estos momentos hubiese alguien más en mi lancha, lo tiraba por la borda a puntapiés… ¡No me diga que quiere dar un paseo crepuscular… conmigo!

Nadia Boronov se echó a reír, y Burton casi se mareó con la deliciosa palpitación dé aquella blanca garganta, del seno…

—¿Puedo pasar a la lancha, capitán?

Burton se acercó más a la borda, tendió una mano y la rusa se agarró a ella. Dio un suave saltito… y cayó en brazos de Burton H. Burton, que la apretó con cierta discreción.

—Es… es para evitar… evitar el peligro de que caiga… al agua.

Nadia Boronov miró la recia barbilla del hombre y parpadeó ingenuamente.

—Bien… El caso es que ya no existe ese peligro, ¿no?

—Pues… Maldita sea, es cierto, ya no hay peligro. Pero, oiga, ésta es una lancha muy endeble, y, ¿quién sabe?, puede hundirse de un momento a otro.

—Oh, yo sé nadar muy bien…

—Sí, pero… El caso es que quizá algún tiburón…

—¿Hay tiburones por el embarcadero?

—Nunca se sabe.

Burton notaba el tibio latir del hermoso cuerpo pegado al suyo; en sus manos notaba la esbelta cintura, tierna y elástica, el aliento de la muchacha olía a brisa fresca… o algo así.

—Yo creo, señor Burton —susurró cálidamente ella—, que el único tiburón que hay en este embarcadero es usted.

—¡Vaya! ¿Eso quiere decir que debo soltarla?

—Pues sería lo más oportuno… de momento.

El agente del FBI se quedó mirando aquellos labios, sintiendo algo que más tarde llamaría «atontamiento del corazón».

—¿De… momento? —Tragó saliva.

—Es que nos están mirando todos…

Burton la soltó precipitadamente y corrió hacia la rueda de mando.

—¡Rápido! ¿Adónde vamos?

Nadia Boronov se sentó graciosamente, mostrando sus maravillosas rodillas, en el banquillo de lona de la popa.

—Oh, señor Burton… usted conoce estos lugares mejor que yo.

Que sea un bonito paseo… y eso es todo. ¿También cobra cien dólares sólo por una tarde?

—Ya… ya casi acabó la… tarde, incluso. Le cobraré… ¡Oh, diablos, no voy a cobrarle nada!

—¿Por qué?

—¿Se lo… se lo digo?

Ella cerró los ojos y entonces pareció una muñequita.

—Creo que será mejor que no…

—Vamos a salir ahora mismo… Oh, no, espere.

Se apresuró tanto hacia los camarotes, que tropezó y estuvo a punto de caer. Miró a la muchacha, que había lanzado una carcajada diminuta de simpatía, y abrió las puertas de la cabina. Entró, las cerró tras él y bajó los escalones de madera. Fue a su camarote, en el que apenas cabía y tomó el transmisor portátil.

Lo accionó.

—Jim —susurró.

—Hola —le contestaron.

—Jim Kaneman.

—Sí, hombre, sí, soy yo. Enhorabuena.

—¿La has perdido de vista?

—No digas tonterías. Sé que ella está contigo. La he seguido… Y la estoy viendo desde aquí.

—¿Continúa sentada en la popa?

—Sí. Te avisaré si se mueve. ¿Qué te pasa?

—¿No lo comprendes? ¡Ella sabe quién soy!

—¿De dónde sacas eso?

—¿Crees que ha venido por mi linda figura?

—Es un buen motivo.

—¡Maldito seas! ¡Te ha seguido! ¡O a Mike! ¡Mejor dicho, os tiene localizados a los dos, siguieron a Mike, le vieron visitarme en la lancha…! ¿No puedes comprender esto?

—Lo comprendo perfectamente —musitó Kaneman—. Lo siento, Burton, pero parece que, en efecto, algo ha fallado. ¿Qué hacemos?

—Mike está vigilando ahora a Arnold Bander. Llámalo, reuníos y desapareced de escena.

—¡Oye…! ¡No vamos a dejarte solo ahora, Burt!

—Jim, es posible que ahora mismo te estén vigilando y sabrán que estás hablando conmigo. Escucha bien: os van a matar si no os

movéis con pies de plomo. ¿Comprendes? No os descuidéis personalmente, tened la pistola a punto en todo momento. Dejad la vigilancia y esconderos. Pero no lejos del embarcadero, por si os llegase a necesitar…

—¿Que dejemos la vigilancia?

—Eso es. Todo gira ahora en torno a esta mujer, y yo estoy con ella, ¿no es así?

—Pero, Burt…

—¡Nada! Mira, hay un «sea-club» llamado Coral como a trescientas yardas de aquí. Reúnete con Mike, dad unas vueltas para despistar a cualquiera que os siga, y meteos en él. El dueño se llama Simón. Decidle que sois amigos míos. Sólo eso…

—Está bien —admitió Kaneman—. Burt, ten cuidado con esa mujer. En ese bolso cabe…

—No creo que lleve pistola, ni nada comprometedor. Si ha venido aquí, ha sido para vigilarme, porque sabe algo de mí. Y sabiendo que puedo ser peligroso, no puede arriesgarse a descubrir su juego. Hasta luego. Jim.

—Cuídate.

—Okay. Adiós.

—Adiós.

Burton guardó el aparato, salió de su camarote y, de pasada, recogió un chaleco rojo, hinchable.

Cuando apareció de nuevo en cubierta, volvía a ser el tipo ligeramente afectado por la belleza de su cliente. Se acercó a ella y le tendió el chaleco salvavidas.

—No es muy bonito —admitió—, pero así no quedará empapada y si naufragamos, la ayudará a mantenerse a flote. Eee… Oh, yo la voy a ayudar, señorita…

Ella se había puesto en pie y él la ayudó a colocarse el chaleco, aprovechando la ocasión otra vez. Cuando el último lazo quedó anudado sobre el pecho de la mujer, Burton se dio cuenta de que ella le estaba mirando fijamente con expresión desconcertada.

—Me llamo Ruth Fennimore.

—Está bien. Pero, realmente… ¿qué importa? ¿Adónde quiere ir?

—¿Ahora?

—Claro…

—Tenemos tiempo de visitar alguna playa de coral y ¿volver antes de las ocho?

Burton miró su reloj. Eran las cinco y media.

—Desde luego.

—Entonces, vamos allá. Tengo entendido que nunca son más bonitas esas playas que a la luz del ocaso.

—Tampoco están mal al amanecer…

Se separó de ella y puso en marcha la lancha, apartándola expertamente del embarcadero. Segundos después, imprimía mayor velocidad a la embarcación, que se deslizaba entre New Providence y Hog Island. Se veían al sol, en la costa de la primera, parte de los más caros hoteles del mundo, y a sus pies las arenas de tono casi rosado, más rosado todavía en las playas de Hog Island. Sortearon Potter's Cay, pasaron por delante y muy cerca de Nassau Yacht Haven y Nassau Yacht Club, con lo que esta vez tuvieron que ir sorteando embarcaciones de todo tipo, desde el pequeño «snipe» al yate de recreo. Luego, la costa de New Providence comenzó a perderse de vista, y a acercarse la de Hog Island. Cualquiera que conociese aquellos lugares adivinaría en seguida que se dirigían a los «Sea-Gardens» de la punta derecha de Hog Island, en la parte Sur.

—Bueno —musitó Burton—, esto no es más que una pequeña muestra de lo bella que es la vida…

—¿Podremos desembarcar?

—No hay cañones que lo impidan. Claro que sería mejor que usted se cambiase de ropas.

—Pues no… no traigo otras. No creí que el *maillot* fuese necesario en esta ocasión, señor Burton. Lo siento, porque rae hubiera gustado pisar la playa.

—Puedo proporcionarle servicio extra de desembarco, sin recargo de ninguna clase, Claro que…

—¿Sí…?

—Bueno, usted va a creer que todo es un siniestro plan que yo he preparado para poder volver a abrazarla.

—Oh, eso no sería… no sería…

—¿No sería un plan siniestro?

—Creo… creo que no…

Burton Horace Burton carraspeó.

—Bueno, en ese caso… podemos desembarcar. No se mueva de aquí…

Burton se quitó los pantalones, quedando en *slip* y jersey. Saltó al agua, que le llegó poco más arriba de la cintura, y alzó los brazos.

Ruth Fennimore se lo quedó mirando, sonriente.

—¿Qué dirá su abuelo, señor Burton?

—¿Mi… abuelo?

—Claro: Neptuno. ¿No me dijo que usted era nieto de Neptuno?

—¡Oh, sí! Bueno, él dirá que su nieto es un tío muy listo, y que nadie tuvo jamás mejor clientela. ¿Salta… o me tiene miedo?

La espía rusa se alzó la falda, pasó por la borda y se dejó caer en los brazos del coloso rubio. Las manos de éste se incrustaron blandamente en la tierna falda, en las firmes piernas desnudas…

—¿De verdad que sabe nadar? —susurró Burton.

—De verdad.

—¿Mucho?

—Mucho.

—Entonces, por favor, si me desmayo de emoción, sáqueme del agua.

Nadia Boronov rió alegremente. Notaba con agrado aquellas grandes manos en su cuerpo. En ocasiones, se había visto obligada a mostrarse más o menos condescendiente en aras de la consecución de sus planes. Pero, en tales casos, sólo su perfecto dominio había conseguido que su rostro permaneciese impenetrablemente sonriente, mientras un hombre se creía a punto de entrar en el paraíso.

En aquella ocasión, Nadia Boronov se dijo que el trabajo podía ser compatible, de cuando en cuando, con la satisfacción personal.

Cuando llegaron a la arena, Burton no la soltó. Se quedó plantado firmemente, mirando sus ojos verdes como el mar cercano a la orilla. Y estuvo así tanto rato, que Nadia Boronov tuvo que inquirir:

—¿Ocurre algo?

—Pues, bueno, no sé…

—¿No sabe?

—Verá, hay una costumbre por aquí. Si un hombre lleva a la playa a una mujer, se considera que la mujer va a aceptar su beso.

—Eso no me lo dijo antes, Burton.

—Es que soy muy astuto.

—Oh…

Eso fue todo.

El magnetismo era evidente para ambos pares de ojos: verde y azul, azul y verde. Eran un hombre y una mujer que sabían que sus vidas no valían gran cosa, dada su profesión. Y quizá por eso, no tenían más remedio que aceptar cualquier situación extraña como si fuese la más natural del mundo.

Y así, mientras Burton Horace Burton, manteniendo en sus brazos a Nadia Boronov, iba inclinando su rostro sobre el de ella, la mujer se limitó a cerrar los ojos y a separar un poco los labios.

Hasta Neptuno hubiese envidiado a su nieto.

Fue un beso lento y suave, profundo y firme a la vez. Como si todas las ansias de una vida hipócrita se colmasen en la unión de los labios, en la entrega del aliento, que, en aquella ocasión, no estaba impregnado de ponzoña o hipocresía, sino del simple y auténtico deseo de un beso normal, limpio y sano. Sólo un beso y, por un instante (sólo mientras el beso duró), no hubo en la playa un agente de la MVD y un agente especial del FBI, sino un hombre y una mujer.

Cuando cada uno pudo aspirar su propio aliento, Nadia Boronov musitó:

—Déjame… en la arena… Pero no te vayas.

Burton la dejó, quedando uno de sus brazos bajo la cintura de la espía rusa.

—No he pensado en marcharme, Ruth —susurró.

—Entonces… todo está bien…

El *G-man* volvió a besar a la espía rusa. Los brazos de ella se alzaron hasta el cuello de él, y apretaron con fuerza, atrayendo al hombre. El sol recorrió un buen trecho durante aquel segundo beso.

—Ruth… ¿has amado alguna vez?

—No.

—Y esto, en ti… ¿es amor o aventura?

Nadia Boronov suspiró profundamente.

—Lo único que puedo decirte, Burton, es que quiero que vuelvas a besarme.

CAPÍTULO VI

Regresaron a la lancha cuando sólo quedaba en el cielo una leve mancha rojiza, resto del sol que se ponía. Burton alzó a Nadia hasta la borda y la sostuvo hasta que ella pasó las piernas a cubierta. Luego, subió él, alzándose con un seco tirón de sus duros brazos casi deformados a fuerza de músculos.

—¿Y ahora, Ruth?

—Ahora… tengo que regresar.

—Está bien.

—Burton.

—¿Qué?

—Y tú… ¿habías amado a alguna mujer?

Burton H. Burton hubiese querido ser sincero. Lo habría sido si aquella mujer, realmente, hubiese sido en su vida una turista más, una mujer que se cruza en la vida de un hombre. De un hombre que, inmediatamente de conocer a Ruth Fennimore, se habría retirado de la circulación. Pero, Burton, Burton no era entonces un hombre corriente, sino un agente especial del FBI, que sabía que, pese a todo, había estado trabajando.

—Después de conocerte a ti, Ruth, uno piensa que jamás amó a nadie en la vida.

—¿Pero amaste?

—Creo que debemos regresar. Si tienes una cita a las ocho, no quiero ser el causante de que llegues con retraso.

Nadia Boronov no insistió. No tenía por qué hacerlo, ya que sabía perfectamente a qué atenerse con respecto a Burton. Y aquella certidumbre deprimió a la espía rusa. Le sorprendió y desesperanzó también, pero, sobre todo, la dejó triste, deprimida.

Mas también ella estaba trabajando… Es decir, tenía un trabajo

que cumplir.

—¿Tienes algo para beber?

—Abajo hay algunas cosas. Iré…

—Yo lo encontraré. ¿Quieres que te suba algo?

—Lo que tú quieras. ¿Regresamos?

Ella hubiese querido decir que no. Lo deseaba sinceramente, como mujer, como persona libre. En realidad, ni uno ni otro necesitaban ya otra cosa que las estrellas para vivir…

—Regresamos, sí…

Burton atendió a los mandos de la lancha, y Nadia Boronov bajó las escalerillas de madera que llevaban al interior del pequeño navío. Vio el *living,* lleno de luz roja que entraba por las escotillas, las cañas de pescar, los banderines… Se metió en el corto pasillo, abriendo puertas, hasta que encontró la que daba al único camarote que parecía oler todavía a ocupación humana. Se quedó indecisa unos segundos en el umbral. Luego, se acercó a la litera y alzó la colchoneta, la palpó; pasó las manos por las paredes, buscó bajo la litera, abrió el pequeño armario empotrado…

—¿Estás buscando algo especial, Ruth?

—¡Burton! Me… me has asustado…

Se había vuelto hacia él, que llenaba la entrada al camarote, con los brazos apoyados en la jamba, ladeada la cabeza, resaltando los fuertes músculos del cuello.

El *G-man* se acercó, la abrazó y la besó en los labios.

—¿Qué estás buscando, Ruth?

—Sólo quería… conocer bien el sitio donde tú… donde tú vives, Burton. Quisiera poder quedarme aquí, y… y…

El la besó bajo la oreja izquierda, justo sobre la peca.

—¿Hay algo que te impida conocer bien mi cubil, Ruth?

Nadia Boronov se estremeció.

—Burton, la lancha… Nos vamos a estrellar.

—Está puesto el mando robot —sonrió él, con dificultad—. De manera que si quieres conocer mi camarote…

—Tengo… que regresar…

—¿Inevitablemente?

—Ine… vitable… mente…

Nadia Boronov sintió un zumbido de desmayo cuando la boca de Burton volvió a aplastar sus labios. Se apartó rápidamente, apoyando sus manos en el pecho masculino.

También a ella le costó sonreír.

—No me fío de los mandos robots, Burton.

El acarició el fino cuello, blanco y terso.

—Yo tampoco. Ven. Yo serviré algo para beber… y estaremos juntos en cubierta… hasta que la separación… hasta que la separación no admita más demoras…

* * *

Llegaron al embarcadero cuando todavía quedaba un resto de sol rojo y morado.

No hablaron más.

Y fue ella, Nadia Boronov, quien esta vez besó al *G-man* en los labios, con toda su fuerza. Después, saltó al embarcadero, se volvió, saludó lentamente con la mano, sintiendo un extraño nudo en la garganta, y se fue.

Burton Horace Burton encendió un cigarrillo y sólo entonces se dio cuenta de que estaba temblando casi violentamente.

«No es justo —pensó—, no es justo que en un mundo de más de tres mil millones de personas, ella y yo hayamos tenido que estar en bandos opuestos».

Estuvo en cubierta hasta que Nadia Boronov se perdió de vista. Luego, corrió hacia su camarote y sacó el transmisor.

Lo accionó.

—Jim.

—Jim… Jim…

Sin respuesta.

Burton palideció. Salió de su camarote y entró en otro, aún más pequeño. Apartó un montón de cosas y dejó al descubierto una emisora mucho más potente.

En pocos segundos, podía ponerse en contacto con la Delegación de Miami.

Y estuvo a punto de hacerlo.

—No… No es esto lo que tengo que hacer… Ellos, desde allá, no van a solucionar nada…

Escondió de nuevo la emisora, regresó a su camarote, cogió una pistola y repasó el cargador. Luego, se cambió de pantalones y de jersey, poniéndose uno negro, y se calzó unas zapatillas también oscuras.

Finalmente, se metió la pistola en la cintura, salió a cubierta, cerró las puertecillas de acceso al interior de la lancha, y saltó al embarcadero.

Después de todo, realmente, no era de extrañar que Ruth Fennimore hubiese tenido sus muy buenos motivos para mantenerlo alejado de Nassau.

Un dulce espionaje, ciertamente… pero también un mortal espionaje. Y sólo podía ganar el más duro.

* * *

Simón se acercó a él en cuanto le vio en el mostrador.

—Hola, Burt.

—Simón: ¿vinieron dos amigos míos?

El dueño del Coral Club sonrió profesionalmente, mirando de reojo a su alrededor.

—Vinieron.

Simón tenía unas cejas muy espesas, anchas, grises, que se juntaron en lo alto de la nariz.

—¿Y qué pasó?

—¿Ha pasado algo? —susurró.

—Llévame con ellos.

—Muy bien.

Primero fue Simón quien se alejó del mostrador. Luego, Burton le siguió, atravesando la puertecilla del fondo. Había un pasillo y un montón de cosas que sólo podían ser útiles en un club como aquél.

No hablaron. Simón recorrió el pasillo, siempre seguido por Burton, Salieron a un gran patio, en cuyo fondo se veía una especie de cobertizo con reminiscencias hawaíanas, con un par de palmeras delante de la puerta y flores rojas, que ya se veían negras, bajo las ventanas. Burton conocía aquel lugar muy bien, porque a veces, alguna de sus clientes resultaba alérgica al balanceo de la lancha y se imponía encontrar un lugar más estable.

—¿Los has metido ahí?

—¿Qué esperabas? No cabían en la caja de caudales.

—Está bien. Márchate.
—Pues, adiós, chico.
Simón se marchó, desapareció. Burton se acercó al aislado *bungalow* que era, ni más ni menos, que la vivienda de Simón en las pocas horas libres que le dejaba la dirección de su club.
Llegó ante la puerta, cogió la pistola con la mano derecha y llamó con los nudillos de la izquierda. Ni siquiera se inmutó al no recibir respuesta. El presagio de muerte se cernía sobre él desde bastante antes.
Con la punta de un pie empujó la puerta, que cedió silenciosamente.
—Mike… Jim…
Silencio.
—¡Mike!
Oyó un roce en el suelo, y su reacción inmediata y agilísima fue saltar hacia un lado, moviendo la pistola hacia aquel lugar.
—Burt, ven… ven aquí…
Burton se apresuró a guardar la pistola y, más aún, a correr hacia donde había sonado la voz. Estuvo a punto de caer al tropezar con un cuerpo. Oyó el gemido de dolor y se arrodilló junto a su compañero.
—¿Eres tú, Mike?
—Burt, ese… ese tipo vino por aquí…
—¿Qué tipo? Mike, ¿dónde está Jim?
—Por… allá dentro… Creo que está… muerto… Viao el tal Cama… Camaleón… o sea… Arnold Bander…
—¿El? Mike, ¿estás seguro?
—Lo conozco… mejor que… que a mi novia…
—¿Qué es eso de Camaleón?
—El muy cochino… dijo que se… se había bautizado así… ¡para este asunto!, y que nadie… y que nadie iba a… a estropearle sus pla… nes… Es… Ese hombre es… un cínico traidor, Burt.
—Cálmate, Mike. ¿Dónde te han dado?
—Saldré de ésta… Burt, ve a ver a Jim, corre. Luego… hablaremos tú y yo…
—Está bien.
Burton encendió la luz, comprendiendo que aquél era ya un detalle que, aparte de no tener importancia, no iba a ser tenido en

cuenta por nadie.

James Kaneman estaba tendido de bruces en el suelo de la cocinita particular de Simón. Parecía dormido, pero cuando Burton lo volvió cara al techo, apareció, con violencia de colorido, la gran mancha de sangre en el pecho del agente. Era por completo inútil hablarle, o esperar alguna reacción por su parte, a pesar de que aún estaba vivo. La bala se había clavado en el centro del pecho, tres dedos a la izquierda del corazón. No había bastado para matar a James Kaneman, pero se estaba llevando su vida por segundos. Era un auténtico milagro que Kaneman continuase viviendo.

Burton salió a toda prisa de la cocina. Vio a Mike Besham todavía tirado en el suelo, con la mano derecha crispada sobre el boquete sangriento que otra bala había hecho en su costado izquierdo.

—¿Ha… muerto…?

—No. Cállate.

Burton tomó el teléfono de sobre la mesita del *living*, Era línea privada, y tuvo que marcar el número del Coral Club. Pidió por Simón, con toda urgencia, y apenas tuvo que esperar quince segundos.

—¿Sí?

—Simón, soy Burt. Me los han medio matado… ¡No te pongas nervioso, estúpido! Quiero que llames inmediatamente a Garret. Le dices que se presente en el embarcadero con todo el instrumental. ¡A toda prisa!

—¡Correcto, Burt!

—¡Espera! Vas a salir tú al embarcadero, buscas por allá a Gorila o al idiota de Archie… Sí, esos amigos míos que también se dedican a alquilar lanchas… Al que sea de ellos dos le dices de mi parte que preparen la lancha para un viaje a Miami… ¡Sí, a Miami! Luego, vienes aquí con Gorila o Archie, o mejor aún con los dos, y en tu camioneta lleváis a mis amigos a la lancha que sea. Garret se embarcará también, y los cuidará hasta que lleguen a Miami. Una vez allá, Garret llamará a la Delegación del FBI y se harán cargo de mis amigos. Tienen que llegar allá con vida, o despídete de tu pellejo. ¿Alguna duda?

—Ninguna, Burt.

—¡Pues muévete!

Colgó de un manotazo.

Fue junto a Mike Besham, pero ni siquiera lo tocó.

—Quietecito, Mike. Van a venir ahora por vosotros. Cuéntame lo que sepas de lo que pasó.

—Todo lo que sé es que… que llegó ese Bander… y nos amenazó con una pistola con… con silenciador, por… por sorpresa… Dijo que él era un tal Camaleón y que nadie iba a… a fastidiarle sus planes…

—¿Cómo supo dónde estabais?

—¡Y yo… qué sé…!

—¿Estás seguro de que fue Arnold Bander?

—¡Claro que sí!

Burton se mordió los labios. La felicidad de poco antes en la playa de coral cercana a los Sea Gardens de Hog Island se convertía en una nota de amargo remordimiento al comprender que, mientras tanto, sus dos compañeros habían sido acribillados…

Pero nadie tenía la culpa… No él, por lo menos. Era bastante lógico pensar que Mike y Jim habían creído que quien llamaba a la puerta era el propio Burton, y no Arnold Bander…

—Tendrás que aguantar aquí sólo unos minutos, Mike. Me voy…

—¿Adónde…?

—¿Podrás resistir?

—¡Claro que sí! Pero ¿adónde vais… ahora?

—Creo que no tengo más remedio que ir al Drake Hotel… Hasta la vista, Mike; nos veremos cualquier día en Miami…

Apagó las luces, salió del *bungalow* y corrió hacia la valla posterior de los jardines traseros del Coral Club. Era muy poco probable que un elefante consiguiese saltar casi trece pies hasta crispar su mano en lo alto del muro. Y, sin embargo, Burton Horace Burton, a pesar de su considerable peso y tamaño, demostró que no era grasa lo que sobraba en su cuerpo. Un silencioso salto de verdadero prodigio, lo alzó hasta que su mano derecha alcanzó el borde del muro. Luego, con la flexión de un solo brazo, se encontró a horcajadas sobre tal muro.

Bueno.

Quizá había llegado el momento en que entre Ruth y él se cambiase algo más que besos y amor…

Capítulo VII

Nadia Boronov llegó a su *suite* cuando ya era de noche, pensando que quizá había intervenido una inclinación personal hacia Burton, Burton en tan prolongada vigilancia que a nada había conducido, puesto que Burton no se había fiado de ella en ningún momento.

Si acaso…

Nadia Boronov sintió el golpetazo de la sangre en todo su cuerpo… Sí, había habido un momento en que tanto ella como Burton, Burton habían confiado el uno en el otro… Sólo aquel momento, pero…

«Ha sido una locura, Nadia Boronov… Una locura que te ha demostrado que, al fin y al cabo, eres inevitablemente humana».

Sin encender la luz, se sentó en el sofá, encendiendo un cigarrillo del paquete que llevaba en el bolso. La llamada de Igor no podía tardar demasiado, de acuerdo con lo convenido. O quizá para Igor y Camaleón, decir «a la noche» era una hora mucho más avanzada.

El pensamiento de que, de ser así, podía haber apurado más el tiempo junto a Burton, Burton, dejó desconcertada y deprimida a Nadia Boronov.

«No importa… No importa eso. Aunque sienta eso… esa cosa hacia él… lo mataré si es necesario…».

Fue entonces cuando Nadia sintió aquel pellizco en su interior, doloroso casi de un modo físico.

«No debo pensar más en él… No quiero… no “debo” pensar más en Burton…».

El cigarrillo le quemó los dedos un par de minutos después, cuando todavía estaba pensando en el rubio gigante que alquilaba lanchas, cuando todavía sus sensaciones parecían concentrarse en el

recuerdo de los vigorosos besos masculinos y en…

Se puso en pie bruscamente.

Estaba allí para cumplir una misión y eso era lo que iba a hacer.

Igor había dicho que Camaleón le llamaría, avisándole de lo que procedía hacer aquella noche para el pago y obtención de aquella clave y de sus servicios en el teletipo Rojo a favor de los rusos.

Y… ¿por qué no la avisaba ya Igor?

¿No le había llamado Camaleón? Quizá convenía hacerle una discreta visita a Igor, el cual debía estar en su *suite* esperando la llamada de Camaleón.

Nadia Boronov salió a la terraza, se aseguró de que nadie podía verla, y saltó a la contigua, la que ocupaba Igor Rosovski. Las puertaventanas de la *suite* de Igor estaban abiertas, pero dentro la oscuridad era completa.

—Abel…

Nadia sintió aquel ramalazo de frío en la espalda que siempre le recordaba la primera misión que le habían encomendado, en París, tiempo atrás, cuando encontró muerto a su enlace en un cuchitril de Montmartre, y, mientras ella escapaba por una ventana, alguien le metió una bala en las costillas.

Regresó a su *suite*, recogió la pistola de la base del sillón del dormitorio, y volvió a la terraza de Rosovski. Ya no llamó a nadie.

No hizo el menor ruido.

Con la pistola pegada a un costado, Nadia Boronov se adentró en la *suite*, pisando cautelosamente, despacio, hasta que su pie tocó algo.

Se inclinó y, con la mano libre, tocó el cuerpo de un hombre que yacía boca abajo. Lo volvió, apartándose un poco para que las luces de West Bay Street pudieran llegar hasta allá, siquiera fuese muy débilmente.

En lo primero que se fijó fue en los dos puntos brillantes… Un brillo cristalizado, fijo. Los abiertos ojos de Igor Rosovski. Por supuesto, nadie podía dudar de que el espía había terminado ya de ser más o menos útil para su patria; tenía el rostro ya frío, y Nadia Boronov se mordió los labios y se estremeció cuando su mano, recorriendo el rostro de Rosovski, pasó por los labios y tocó el hililllo de sangre que había brotado de la boca.

Luego, ya más acostumbrada a la precaria luz, pudo ver la

mancha de sangre justo sobre el corazón de Rosovski.

Se puso en pie, dio la vuelta y corrió hacia la terraza de su propia *suite*, saltando con agilidad la valla de ladrillo rojo lleno de flores. Todavía estaba saltando la valla cuando oyó el repiqueteo del teléfono, y se preguntó cuánto rato debía llevar sonando.

Entró a toda prisa y atendió a la llamada.

—¿Diga? —susurró.

—¿Señorita Fennimore?

—Sí, sí…

—Soy Camaleón, su viejo amigo…

—Oh, sí… ¿Qué tal?

—Muy bien. La llamo para citarla… ¿Tiene algún otro compromiso que me impida a mí disfrutar de su compañía?

—No. Esto… ¿Ha estado usted por aquí antes?

—No, no…

—Entonces, ¿no sabe…?

—¿El qué? ¡Señorita Fennimore!

—Todavía estoy aquí. Es algo un poco largo de contar, de modo que será mejor que lo discutamos personalmente… ¿Dónde nos vemos?

—En Balmoral Island. Mejor dicho…

—¿Dónde está esa isla?

—Como a un par de millas de la costa Norte central de Nueva Providencia. Mejor dicho, para su fácil localización: está casi enfrente mismo del Emerald Beach Hotel, un poco hacia el este de Goodman Bay, como a un par de millas de la costa de Nueva Providencia, hacia el Norte.

—¿Y debo encontrarle allá? No será fácil, precisamente.

—En seguida verá la gran bahía, llegando desde Nueva Providencia. Diríjase justamente hacia el centro de la bahía. Le espero allí… y no se olvide nada importante en el hotel… ¿Comprende, señorita Fennimore?

—Sí.

—Alquile una lancha, pero gobiérnela usted misma, no se haga llevar por nadie… ¿Sabrá hacerlo?

—Desde luego.

—Entonces, la espero allá dentro de hora y media… Mmmm… vamos a alargarlo un poco más, casi dos horas. Esto es, a las once

en punto. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Nadia colgó el auricular y se quedó pensativa unos segundos. Naturalmente, aquel hombre estaba considerado que todos cuantos trataban con él eran idiotas. ¿O quizá era que su ingenuidad era total, que estaba jugando limpio, que sólo hacía las cosas buscando una máxima seguridad para él?

Fue al dormitorio, desclavó el tapizado de la banqueta y sacó los diez millones de rubios cambiados por moneda inglesa. Metió los fajos de billetes en una bolsa de lona azul y roja, y tiró dentro de la bolsa 5a pistola.

Cuando iba a abrir la puerta de la *suite*, sonó el
«ding-dong»
del timbre-carillón. Nadia Boronov sacó la pistola inmediatamente.

—¿Quién es?

—Abre, Nadia Boronov.

Abrió.

Kirgo Ruzarian y Georgi Klonev entraron inmediatamente, cerrando la puerta tras ellos.

—Creíamos que te había ocurrido algo —deslizó Ruzarian.

—¿Por qué?

—Estábamos abajo, en el *hall*, e Igor nos llamó desde su *suite*. Dijo que fuésemos al embarcadero, que quizá ibas a necesitar ayuda. Pero cuando llegamos allá, vimos la lancha *Sílfide* ya vacía, y hemos venido aquí a toda prisa.

—Mientras vosotros ibais y veníais, han matado a Igor.

—¿Quién? —Palideció Klonev.

—¡No lo sé! Podemos suponer que han sido los compañeros de ese Burton, Burton, ya que él no ha podido ser, pues estuvo conmigo en la lancha… ¿Los perdisteis de vista?

—Pues… Sí, en cierto modo.

—Idiotas… ¿En cierto modo?

—Ellos conocen mejor que nosotros Nassau, Nadia. Empezaron a dar vueltas y vueltas por la ciudad. Cuando dejamos de verlos estaban en un lugar llamado Coral Club. Allá los perdimos de vista. Se esfumaron. Entonces, llamamos a Igor y se lo dijimos. El nos indicó fuésemos con él, o sea que viniéramos aquí, para vigilar el hotel por si esos dos hombres venían a por él. Nosotros hicimos lo

que nos dijo Igor, Estuvimos más de media hora abajo, hasta que Igor nos llamó al vestíbulo y nos dijo que fuésemos a buscarle, que quizá necesitarías ayuda… Y ahora llegamos. Eso es todo.

—Está bien… Entonces, podemos pensar que, de un modo u otro, Igor ha cometido un fallo que le ha costado la vida.

Georgi Klonev pensó lentamente aquella probabilidad.

—Me parece absurdo —musitó al fin—. Esos hombres tenían localizado a Igor; lo estaban siguiendo. Si todo lo que querían era matarlo, estoy seguro de que pudieron hacerlo mucho antes de llegar nosotros tres, Nadia…

—Es cierto… Entonces, si nosotros no hemos matado a Igor bajo órdenes severas, ni lo han matado esos dos hombres, ni ha podido hacerlo Burton, Burton… ¡Camaleón! ¡El ha matado a Igor Rosovski! ¡Y ahora quiere hacer lo mismo conmigo!

—¿Por qué motivo, Nadia?

—Porque tanto Igor como yo le conocemos bien.

Kirgo Ruzarian se mordió los labios. El y su compañero cambiaron una mirada de desconcierto. Realmente… ¿cuál hombre era Camaleón? ¿El de los cabellos negros? ¿El de los cabellos canosos? ¿El medio calvo? Sólo le habían visto a distancia, y siempre bajo un aspecto diferente. ¿Lo reconocerían si se les presentaba bajo un nuevo aspecto? ¿Qué descripción, de las tres o las veinte que pudiera adoptar, podían dar ellos a la MVD? Solamente Igor Rosovski había visto, en Estados Unidos, a Camaleón bajo su verdadero aspecto. Pero… ¿realmente? ¿Acaso el nombre de Arnold Bander no podía ser también falso? ¿Cómo podía asegurar Igor Rosovski que conocía el auténtico nombre de un hombre que «decía» trabajar en el teletipo Rojo?

Nadia suspiró. Sabía que tanto sus pensamientos como los de Ruzarian y Klonev habían seguido idénticos caminos.

—Quiero que saquéis de aquí a Igor. Hacedlo desaparecer. Pero de un modo definitivo. No ha de volver a encontrarse su cuerpo.

—Está bien… No será fácil sacarlo de aquí, pero lo haremos… ¿Qué vas a hacer tú, Nadia Boronov?

—Voy a concederle a Camaleón la oportunidad de matarme. Me ha citado en el centro de la bahía sur de Balmoral Island, a las once. La isla está…

—Lo sabemos. Tenemos un mapa muy completo de las

Bahamas… ¿No vas a arriesgarte demasiado… sin necesidad, Nadia?

Nadia Boronov sonrió dulcemente.

—Es él quien se está arriesgando.

* * *

Burton, Burton se detuvo delante de la puerta de la *suite* 838 del Drake Hotel, mirando con indiferencia hacia ambos lados del pasillo. Por un momento, estuvo tentado de llamar a la puerta y darle una desagradable sorpresa a Ruth cuando la abriese.

Pero la sorpresa iba a resultar mucho más agradable para ella si lo encontraba de pronto dentro de la *suite.*

El agente del FBI metió en la cerradura una lámina de acero de unas cuatro pulgadas de larga y un tercio de pulgada de ancha, dentada. Necesitó casi tres minutos de tiempo para conseguir abrir, y para entonces, su frente estaba llena de sudor, de angustia, sus nervios tensos por la impaciencia y el temor a que alguien apareciese por el pasillo.

Entró rápidamente, cerrando con suavidad. Luego, se encaró a la terraza, único lugar en el que había luz, proveniente de la calle. Desde el primer momento estuvo seguro de que no había nadie allí, pero recorrió rápidamente toda la *suite* para asegurarse. Ya convencido, pensó en la muy aceptable posibilidad de que Ruth Fennimore estuviese en la *suite* contigua, la ochocientos cuarenta, ocupada por el espía ruso Igor Rosovski.

Salió a la terraza y echó un vistazo a la contigua. También en aquella *suite* reinaba la oscuridad. De todos modos, un vistazo siempre era conveniente.

Saltó el muro lleno de flores, cayendo silenciosamente en la terraza de Igor Rosovski. Las puertaventanas estaban abiertas, pero eso era completamente natural en aquel clima. De manera que Burton, Burton entró sin excesivas precauciones en la *suite*, ya convencido de que allí no había nadie.

Entonces, lo vio.

Tendido boca abajo en el suelo, con los ojos cristalizados en el brillo de la muerte.

Se arrodilló a su lado. Efectivamente, era el hombre que Mike Besham y James Kaneman le habían señalado como su presa

cuando llegaron a Nassau…

—Igor Rosovski…

Al mismo tiempo que junto al cadáver veía una manta y cordones de cortinas, justo cuando comprendía lo que alguien había empezado a hacer con aquel cadáver, oía esa expansión de aliento de quien descarga un golpe tras haber contenido la respiración unos instantes.

Apenas pudo moverse una pulgada hacia delante.

Algo durísimo pasó rozando la parte posterior de su cabeza, y se clavó con terrible impacto en la base de su nuca, hacia la derecha. Fue un golpe que casi podría haber matado a un hombre de resistencia corriente, de alcanzarlo en la cabeza. Pero, a pesar de que Burton no era un hombre corriente, ni el golpe le alcanzó en el sitio exacto, se sintió aplastado encima del cadáver de Igor Rosovski, paralizado por el dolor, como si alguien estuviese asiendo el resorte central de sus nervios y mantuvieran éstos tirantes, impidiéndole el menor movimiento. Un montón de luces rojas y azules aparecieron ante sus ojos, y notó en sus labios el sabor de la sangre al reventarse el inferior contra el suelo.

Quedó de bruces, incapaz de moverse, traspasado de dolor.

—Hasta los árboles más altos caen algún día —comentó alguien en ruso.

Y también entendió perfectamente la respuesta, en el mismo idioma:

—Es el tipo de la lancha *Sílfide*. Mira a ver si está muerto, Si es así, nos lo llevaremos con Igor y lo tirarnos al mar.

Antes de que este hombre acabase de hablar, Burton había contenido ya la respiración hasta tal punto y con tal habilidad, que el otro, cuando tras volverlo cara al techo, le auscultó, tuvo que explicar:

—Apenas respira y el corazón le late muy despacio… Pero está vivo. ¿Le remato?

—Mmmm… No. Seguramente estará sin sentido mucho rato. Podemos manejarlo como a Igor, igual que si estuviese muerto. Una vez en la lancha, lo reanimaremos y quizá nos diga algo interesante. Empaquetemos a Igor.

—Bien.

Burton notó la mano que le cacheaba hasta encontrar su pistola.

Todavía se sentía incapaz de mover ni siquiera un párpado.

—Iba armado.

—Claro… Apártalo y coge a Igor por los pies.

Tendido en el suelo, el gigante derribado fue notando el regreso lento y débil de sus facultades físicas. Primero fue una mejor audición de los ruidos que le rodeaban, todos ellos tenues. Luego, fue cediendo el agarrotamiento de todo el cuerpo y, finalmente, el del hombro. Tensó un poco el músculo y estuvo a punto de lanzar un grito de dolor…

—Será mejor que atemos al *Sílfide*, Kirgo.

—Está bien.

Notó la fuerte presión de una mano en su muñeca derecha y comprendió que le iban a volver boca abajo de nuevo para atarle las manos a la espalda. Abrió un poco los párpados y vio al hombre recortado en el hueco del ventanal. Le había alzado un brazo y estaba sobre él, con una pierna a cada lado de su cuerpo, a punto de darle la vuelta.

Alzó una pierna y la rodilla dio donde tenía que dar. El hombre lanzó un grito ahogado y saltó hacia atrás. Burton se giró hacia la derecha, lanzando la mano izquierda hacia allí, para que el impulso le ayudase. Agarró un tobillo, crispó fuertemente los dedos en su torno y tiró bruscamente.

¡Plop…!

Se oyó un golpe en el techo y un polvillo se desprendió de éste, cayendo hacia el suelo, mucho más lentamente que la aplastada bala, disparada por el hombre que Burton acababa de derribar de espaldas.

Lo atrajo hacía sí de un tirón, alzó un codo y se lo clavó en la garganta. El hombre lanzó un ronquido extraño, entrecortado, intentando volver a disparar Burton lo apartó, rodando, de un manotazo en la mejilla. Se puso en pie y corrió hacia la terraza, viendo perfectamente al primero que había atacado, el cual, de rodillas le estaba apuntando.

¡Plop…!

La bala salió por el hueco del ventanal, silbando junto a la cabeza de Burton, que comprendía que su única posibilidad de conservar la vida era escapar del radio de acción de unos hombres que contaban con sus pistolas y, además, le habían quitado la suya.

Llegó ante el muro, oyendo las pisadas vacilantes de uno de los enemigos detrás suyo. No tenía tiempo de saltar. Se pegó a un lado de la puerta-ventana, conteniendo la respiración.

El hombre salió apuntando la pistola hacia el muro, convencido de que Burton tenía que estar allí. La primera noticia de que no era así, la tuvo en forma de un terrible corto al estómago que quizá lo habría reventado si el *G-man* hubiera estado en pleno vigor de sus músculos. Luego, una bofetada que llenó su boca de sangre al instante lo alzó, tirándolo contra el cristal fijo de la derecha de la puertaventana, que reventó con un escandaloso crujido, pulverizado por el paso del cuerpo del ruso.

Burton saltó el muro que separaban las terrazas con tal ímpetu, que aterrizó de barriga, resbalando por el pulido piso de la *suite* de Nadia Boronov. Se puso en pie, corrió hacia la puerta, la abrió, salió al pasillo y echó a correr a toda velocidad hacia las escaleras.

Mientras, en la terraza de la *suite* de Igor Rosovski, Kirgo Ruzarian exponía precipitadamente su opinión:

—¡Dejémosle marchar!

—¡Pero…!

—¡Se ha armado demasiado ruido, puede que venga gente…! Saquemos inmediatamente de aquí a Igor, antes de que nos estropeen el plan que teníamos preparado para que nadie nos moleste… ¡Vamos, Georgi, deja a ese tipo!

—Está bien… Bueno, ahora sabemos que está desarmado.

—No importa eso ahora. De todos modos, él se buscará un arma con toda seguridad… ¡Salgamos de aquí en seguida!

CAPÍTULO VIII

Burton saltó a su lancha y se apresuró a descender las escalerillas de madera. Lo primero que hizo fue dirigirse hacia donde tenía escondida la emisora que podría ponerle en contacto inmediato con la Delegación de Miami; él solo no podía hacer frente a la situación…

Apartó el camuflaje a toda prisa, jadeando todavía, y cuando se disponía a accionar la emisora, oyó la voz detrás suyo.

—Un solo movimiento más, Burton Horace Burton, y tendré que matarte.

El *G-man* se volvió lentamente.

—Ruth…

—En parte me alegra que hayas venido, Burton… ¿Cómo vamos a poner en marcha este cascarón?

—¿No sabes hacerlo? —sonrió Burton.

—Sé hacerlo perfectamente, cuando no hay algún truco que impide que la lancha funcione normalmente.

—Bueno… Ésa es una precaución que siempre tomo, Ruth, amor mío… Es un simple contacto… pero hay que saber dónde está la conexión.

—Tú lo sabes. Burton, sube ahora mismo a cubierta y pon la lancha en marcha.

—¿De lo contrario…? —Volvió a sonreír Burton.

—De lo contrario te mataré. Y luego, ya me conseguiré otra lancha. No mueras por tan poca cosa, Burton.

—No pienso hacerlo. Subamos. ¿Dónde estabas escondida?

—En tu camarote. Tendrás que perdonarme que te haya

estropeado un magnetófono y un transmisor.

—Estás perdonada, Ruth Fennimore. Vamos arriba.

Nadia Boronov se apartó de la puerta, manteniendo en todo momento cubierto a Burton con la pistola. El agente del FBI pasó mansamente junto a la espía rusa, y se dirigió a la escalerilla.

—Súbela despacio, Burton; peldaño a peldaño.

—A tus órdenes, cariño.

Segundos después los dos estaban ante los mandos de la lancha.

—Ponía en marcha.

Burton sonrió, efectuó la conexión que Nadia no había sabido encontrar, y la lancha quedó en condiciones de navegar. La puso en marcha, alejándose del desembarcadero lentamente.

—¿Adónde vamos?

—A Balmoral Island.

—Muy bien. ¿Sabes que ha muerto tu compañero Igor Rosovski?

—¿Has estado allí?

—Eso es.

—Claro.

—Entonces…

—Entonces, he tenido tratos con otros dos amigos tuyos… Uno de ellos, si no entendí mal, se llama Kirgo.

—Si estás aquí, es que los has…

—Me doy por satisfecho con haber conseguido salir de allá con vida. Los dejé con Igor. Creo que lo van a empaquetar, para tirarlo al mar. Más adelante les pe diré cuentas de eso y de otras cosas…

—No podrás pedir cuentas a nadie, Burton.

De nuevo sonrió el agente del FBI. Miró la pistola que empuñaba Nadia Boronov y la bolsa que colgaba de su otra mano.

—¿Qué llevas ahí? ¿El dinero que has de pagarle a Arnold Bander por su traición?

—¿Qué sabes tú de eso?

—Todo. O casi todo. Quiero advertirte que Arnold Bander y tu compañero Igor han estado vigilados desde hace días. En estas circunstancias, este juego resulta muy peligroso, Ruth.

—No tanto. Sólo hay que eliminar a los que saben algo que no conviene.

—Demasiada gente.

—¿Demasiada? Tú y un par de hombres más; eso es todo.

—Ya veo… Por eso ordenaste matar a mis compañeros, ¿no es así? Pues ésta es una mala noticia para ti, Ruth: no están muertos, sino a salvo y bien atendidos.

—Yo no ordené matar a nadie… todavía. Si te refieres a los dos hombres que se esfumaron en un lugar llamado Coral Club, te aseguro que mis hombres los perdieron de vista, y nada más sabemos de ellos.

—¿Tu no estuviste conmigo para tenerme alejado de Nassau?

—No. Quería estudiar tu lancha y ver si fallabas en algo, o descubría yo algo importante. Nada más. Nunca me precipito en matar, Burton, Burton.

—¿Pero matas?

—A su debido tiempo, sí.

—¿Me matarías a mí?

Hubo una vacilación tan brevísima en la rusa que Burton se quedó con la duda de si había existido o era un deseo suyo que así hubiese sido.

—Sí, Burton. Igual que tú ordenaste matar a Igor.

Era un tanteo. Y la respuesta fue la esperada:

—Yo no mandé matar a nadie tampoco, Ruth. Igual que tú, no suelo precipitarme en apretar el gatillo: cada cosa a su tiempo. Ni a mí ni a los míos nos interesaba esa precipitada muerte de Igor Rosovski.

—¿Quiénes son los tuyos?

—¿Qué me das a cambio de la información? —sonrió una vez más.

—Unos minutos más de tu vida.

—Es un buen cambio Pertenezco al FBI. Y quiero convencerte, Ruth, de que, aunque me mates, nada vais a conseguir tú y los de la NKVD.

—La NKVD es una derivación de la MVD. Yo soy más importante de lo que tú crees.

—¿Qué más da, Ruth? Jamás conseguiréis interferir el teletipo Washington-Moscú en vuestro exclusivo provecho.

—¿Sabes eso? —musitó Nadia Boronov.

Burton Horace Burton lanzó una exclamación de alegría, que hizo comprender a la rusa la sencilla y efectiva trampa del hombre del FBI.

—¡De modo que es precisamente eso, Ruth! ¿Estáis locos? ¿No comprendéis que es una barbaridad? ¡Por Dios…! ¿Acaso estáis pretendiendo la Tercera Guerra?

—Eso es cuenta nuestra.

—¿Vuestra? ¿De quién? ¿De cuatro locos?

—Yo cumplo órdenes, igual que tú.

—¡Ordenes! Por el amor de Dios, Ruth… ¿Hasta ese punto te han fanatizado tus ideas? ¿Crees que Estados Unidos no se darán cuenta de lo que intentáis?

—Estás exagerando. Esto es simplemente espionaje.

—¡Espionaje en la línea privada! ¿De qué sirve entonces el teletipo? ¿Así demostráis vuestra buena voluntad para evitar esta Tercera Guerra que sería definitiva? Si ese teletipo se utiliza para mentir y espiar, ¿de qué sirve? Oh, ya lo comprendo, maldita sea. ¡No hay en todo el mundo ni un solo ruso que sea capaz de… portarse honestamente, honradamente, humanamente…! ¡Está bien, Ruth Fennimore, o como maldita sea que te llames: puedes empezar por matarme a mí!

Nadia Boronov sólo disparó su mano izquierda, dejando caer el saquito en cubierta. La bofetada alcanzó de lleno la mejilla derecha de Burton, Burton, que ni siquiera pestañeó.

—Correcto —musitó—. Esto explica incluso lo de… lo de esta tarde, Ruth Fennimore.

Ya no habló más. A la luz de la luna divisaban ya los pequeños promontorios llamados Silver Cay y Little Cay. Luego, vendrían los White Horses, los «caballos blancos», que de día destacaban en el azul intenso del mar. Y como milla y media más adelante, Balmoral Island, final del trayecto.

Nadia Boronov notaba en su mano el golpe dado en la mejilla de su enemigo. Pero allí no le dolía. En cambio, dentro de ella sí estaba doliendo aquel golpe. Era… Se sentía como un dique que, después de haber estado conteniendo el agua durante veinticinco años, se resquebraja y cede, y el agua lo inunda, se lo lleva todo por delante… Su dique humano había comenzado a resquebrajarse aquella misma tarde, en los brazos de Burton, Burton. Ahora, la resquebrajadura era más grande, el dique más débil… Podría aguantar aún más la presión, pero Nadia Boronov sabía que, aunque matase a Burton Horace Burton, era él quien finalmente ganaría la

partida, porque mientras él, muerto ya, nada sentiría, ella, viva, sentiría ya para siempre la agonía de la soledad que iba a dejar en su alma la desaparición de un hombre norteamericano, al que no conocía veinticuatro horas antes.

Quizá el dique se había esforzado demasiado tiempo y ahora, con un simple empuje, cedía, y cedía, y cedía… Un dique que, a fin de cuentas, tenía cimientos humanos…

—Para aquí —casi gimió la rusa.

Faltaban todavía no menos de quinientas yardas para llegar a la playa, pero Burton, entre impávida y dura la expresión, no hizo comentario alguno. Se limitó a obedecer.

—Acércate a la borda, Burton.

El obedeció. Se apoyó de espaldas en ella y miró impertérrito a la mujer.

—Dios se apiade de ti, Ruth Fennimore. Y de todo el mundo.

—Mi nombre es Nadia Boronov… ¿Tienes algo más que decir?

—Adiós. Solamente adiós, Nadia Boronov.

La mano de la mujer se alzó, tan ligeramente temblorosa, que ella misma se negó a admitir la presencia de aquel temblor. Estuvo durante casi un minuto mirando a Burton, Burton. Su imponente estatura, sus anchos hombros, sus lacios cabellos rubios, el firme mentón, la boca dura, prieta, pero que tan amable había sido con ella… El único hombre que había conseguido el calor de Nadia Boronov. El único… para siempre, porque ya, nunca jamás, Nadia Boronov podría volver a amar.

Así lo sentía ella.

Aspiró profundamente y apretó el gatillo.

Burton Horace Burton salto hacia atrás, zarandeando la lancha violentamente. Se oyó el chasquido de su cuerpo contra el agua, de un tono negro, opresivo…

Nadia Boronov reprimió el sollozo gigantesco que parecía a punto de hacer estallar su garganta. Se acercó corriendo a la borda, se asomó…

—¡Burton… Burton, no quería hacerlo…!

Pero ya las negras aguas se habían cerrado, indiferentes, negras, susurrantes…

Nadia Boronov se apartó de la borda, caminando lentamente hacia la rueda de mando. Suspiró tan profundamente que todo su

cuerpo se estremeció en un violento trémolo.

Luego, puso en marcha la lancha, hacia la playa, porque allí tenía todavía algo que hacer para acabar su misión.

Cuando llegó, vio las palmeras, mecidas por una suave brisa, la arena que parecía de plata a la luz de la luna, el brillo del agua allá donde la arena la absorbía para devolverla debajo, al mar, siempre al mar…

Nadia Boronov cogió la bolsa con el dinero y la pistola. Luego, saltó a la playa, hundiéndose en el agua hasta los senos. Manteniendo en alto la bolsa, adelantó hacia la orilla.

Capítulo IX

Se descalzó al llegar y se sintió más cómoda.

El airecillo le producía un cierto frío al pasar por entre las ropas mojadas. Dejó la bolsa en la arena y cruzó los brazos sobre el pecho, en un vano intento de hallar calor. Y todavía estaba pensando en hallar una solución, cuando una sombra se despegó de las palmeras, caminando cautelosamente hacia ella.

Reconoció en seguida al hombre.

—¿Es usted Camaleón? —susurró, casi afirmando.

—Soy yo. —Arnold Bander se acercó más rápidamente a ella y la miró con desconfianza—. Deme la pistola.

—¿Qué pistola?

—Vi un fogonazo no hace mucho a bordo de esa lancha. Y puesto que es usted la que ha llegado, quiere decir que es quien tiene la pistola. No me importa a quién le haya disparado… pero quiero esa arma.

—La dejé en mi lancha.

—¡Mentira!

—Vaya a comprobarlo. ¿Qué es lo que le pasa? ¿Desconfía de mí, señor Camaleón?

—Así es. ¿Trajo el dinero?

—Está en esa bolsa. Diez millones de rubios en moneda inglesa… ¿Le apetece algo más?

—Está bien así, Nadia Boronov.

—Entonces, no me haga pasar más frío. Deme esa clave, tome su dinero y regrese a Estados Unidos cuando terminen sus vacaciones. Oportunamente, recibirá una visita que le indicará el momento oportuno para utilizar esa clave.

—¿Qué visita?

—Una visita, señor Bander. No se complique la vida.

—¿Quizá la de Igor Rosovski? —rió Camaleón.

—Esa u otra cualquiera.

—¡No diga tonterías! —volvió a reír Arnold Bander—. ¡Igor Rosovski está bien muerto ahora!

—¿Cómo puede saberlo?

—Sencillo: yo lo maté.

—Lo imaginaba.

—¿Sí? Bueno, si es tan lista… ¿por qué no me explica cómo lo hice?

—Eso no lo sé.

—Igor me llamó esta tarde, me dijo que dos hombres nos estaban siguiendo, y que dos de sus compañeros de ustedes habían seguido luego a esos otros dos hombres, hasta un punto llamado Coral Club. Fui allá, me escabullí a un patio grande y vi una cabaña. Llamé a la puerta, y cuando el hombre que me abrió se me quedó mirando asombrado, le metí una bala en el cuerpo. ¿Sabe por qué? ¡Porque aquel hombre era el mismo que, vestido de camarero del British Colonial Hotel, había tomado conmigo el montacargas de servicio cuando yo no quería que nadie me viese! Y claro, comprendí que aquél era uno de los dos hombres que Igor dijo nos estaban siguiendo a nosotros. De modo que lo maté; luego, cuando salió el otro, también disparé contra él. Después, me llegué al Drake Hotel, pasé ante las narices de sus dos amigos sin que ellos me pudiesen reconocer, y visité a Igor. Le dije que convenía que enviase a sus amigos a buscarla a usted, que era la que tenía el dinero. El los envió. Entonces, yo le maté a él y me fui al embarcadero. Tenía ya comprada una buena lancha, veloz y fuerte… Después de mataría a usted, Nadia Boronov, nadie sabrá jamás que Arnold Bander ha intervenido en esto. Y yo tendré el equivalente a más de seis millones de dólares.

Nadia Boronov frunció el entrecejo.

—¿No está exagerando la cantidad, Camaleón?

—¡Oh, no! Bueno, a menos que no fuese usted la que atendió mi llamada desde el embarcadero.

—Fui yo.

—¿Y trajo el dinero?

—Sí.

—Bueno, entonces no he exagerado. Ocurre que no me he limitado a tratar con ustedes, los rusos, Nadia Boronov.

—¿Cómo dice?

—Tengo a dos personajes más. Dos mujeres… Todo mujeres. Una de ellas pertenece al Deuxiéme Bureau, y la otra al MI5. Ambas han traído cantidades equivalentes a la que usted va a tener la amabilidad de entregarme. Y no me haga perder tiempo… se lo ruego, Nadia Boronov…

—¿Interviene en esto MI5 y el Deuxiéme Bureau?

—No me atreví a mezclar a nadie más —volvió a reír Bander—. En realidad, ya es suficiente.

—¿A todos pensaba venderles lo mismo?

—No exactamente. A los rusos, lo que ya le dije a usted. Y a los franceses e ingleses, les iba a vender todo lo que supiese de los rusos y del intercambio de información y asuntos entre Rusia y Estados Unidos por medio del teletipo.

—Usted está completamente loco.

—Es posible. Lo lamentable de todo esto es que, según parece, el servicio de seguridad de mi país no se duerme. Ello me coloca en una situación apurada…

—Bander, el FBI está tras de usted. ¿Se da cuenta de que, en ese caso, ya no nos interesa usted a los rusos? Lo ha hecho todo demasiado mal, con excesiva precipitación, con demasiada ambición. Estas cosas no se hacen así. Camaleón.

—Quizá no, Pero observo que ya no me llama salamandra, ni lagartija…

—Antes me pareció divertido. Ahora, ni siquiera eso.

—Su sarcasmo, Nadia Boronov, no va a evitar que me entregue esos diez millones de rublos.

—¿Y luego?

—Pues… Bueno, todo me ha salido tan mal, por culpa de las intromisiones, que me temo que tendré que escapar para siempre de estos lugares. Claro… con seis millones de dólares, un hombre encuentra acomodo en cualquier sitio. Me hubiese gustado que todo hubiese salido bien. A ustedes, los rusos, les habría servido en la forma que les dije. A los franceses e ingleses les habría proporcionado información sobre el espionaje ruso en Estados Unidos y datos muy interesantes sobre el teletipo Moscú y

Washington. Hubiese aguantado así un tiempo, enviando dinero a un Banco suizo… sin que nadie se enterase, claro. Luego, cuando considerase que la cosa estaba colmada, habría desaparecido del mapa… Es un decir, claro. Pero, tan mal ha ido todo, que voy a tener que conformarme con sólo seis millones de dólares.

—Insisto en que está completamente loco. ¿Se da cuenta de lo que usted y sus informaciones vendidas a tres países podían haber ocasionado?

—¿Qué me importa eso a mí?

—Ya veo que no gran cosa. Está bien, salamandra. Tire contra mí. Tengo prisa por reunirme con alguien. ¿Qué ha hecho de los enviados del MI5 y el Deuxiéme? ¿Bureau?

—Las atraje aquí y las maté. ¿Algo más?

—Sólo decir en voz alta que lamento haber disparado hace poco contra el único hombre que podía haberle roto la cabeza; el único que se ha dado cuenta a tiempo de lo loco que está usted. Afortunadamente, aunque muramos todos, ese sistema de espionaje que usted ha inventado no va a servirle a nadie.

—¿Por qué dice eso, Nadia Boronov? Tenga esta cartera. —Camaleón tiró una cartera a los pies de la espía rusa—. Contiene, efectivamente, las claves necesarias para pasar información filtrada a través del teletipo Rojo. Ahora, sólo se trata de que encuentren en Washington otro hombre que esté dispuesto a hacerlo.

—Jamás encontraremos otro perro traidor como usted. Porque, Lagartija, hay que tener en cuenta que usted no está traicionando ni a Estados Unidos, ni a Rusia, ni a Francia, ni a Inglaterra, ni a nadie en particular. Está traicionando al mundo… No, no creo que encontremos otro perro como usted.

—Acabemos ya, Nadia Boronov; ahí tiene las claves. Lo de que ustedes encuentren otro hombre o no, a mí me tiene sin cuidado. Tire para aquí esa bolsa con el dinero.

Nadia Boronov se inclinó hacia la bolsa donde llevaba el dinero y la pistola.

Era lo que estaba esperando Arnold Bander.

Alzó la pistola, apuntó a la rusa un instante.

… Y una piedra grande como la cabeza de un hombre le acertó de lleno en el pecho, derribándolo de espaldas con terrible violencia. Salió disparado hacia atrás como alzado por un huracán,

rodó por la arena y casi inconsciente, se puso de rodillas, sin haber soltado la pistola.

Vio a Nadia Boronov metiendo frenéticamente las manos en la bolsa y comprendió contra quién tenía que disparar, a pesar de la aparición de aquella forma gigantesca que emergía de la playa, por su izquierda.

Un instante antes de que apretase el gatillo, el gigante había saltado hacia Nadia Boronov, y así la bala disparada por Arnold Bander pasó por encima de la rusa y su salvador.

Camaleón se puso en pie, intentando enfilar de nuevo a cualquiera de las dos personas que tenía delante. Otra piedra enorme le dio en una rodilla, haciéndosela añicos justo cuando conseguía disparar al bulto. Oyó el gemido de dolor, pero ya no se atrevió a continuar la pelea. Había reconocido al gigante y no tenía ganas de alargar la cuestión. Dio media vuelta y desapareció por entre las palmeras.

Nadia había recibido la bala en el muslo derecho, cuatro pulgadas por encima de la rodilla, pero no por ello había desistido de hacerse con la pistola. Lo consiguió en el momento en que «el fantasma» de Burton, Burton la empujaba rudamente, intentando impedírselo.

Pero la rusa ya tenía la pistola.

—Quieto, Burton…

El agente del FBI se dejó caer en la arena, derrengado.

—Está bien, Nadia Boronov, inténtalo de nuevo. Quizá esta vez tu mano tiemble menos y metas la bala en mi corazón.

—Mi mano no tiembla nunca.

—Entonces… vuelva a disparar contra mí.

—¿Qué pasó? ¿Por qué no estás muerto?

—Pregúntaselo a tu corazón, Nadia Boronov.

—Tiré a matar.

—«Querías» tirar a matar, que no es lo mismo. Sólo me heriste en un brazo, y yo salté hacia atrás, haciendo el resto. Luego, conseguí agarrarme a la lancha, y tú misma me has traído hasta aquí.

—Entonces…

—Entonces, he oído todo lo que habéis hablado Arnold Bander y tú. Bien, ¿qué hacemos? ¿Nos matamos uno a otro mientras ese

cerdo escapa con el dinero? Si no vamos a…

Hasta ellos llegó claramente el zumbido del motor de una lancha, alejándose Burton, Burton se dejó caer de espaldas en la arena.

—Se nos fue, Nadia. Dejando algunos muertos detrás. Buscará un país tranquilo, se conseguirá una documentación falsa, y para encontrarlo hará falta mucho trabajo vuestro y nuestro… A menos que lo persigamos ahora. Quiero que lo comprendas, Nadia: tú y yo no estamos frente a frente ahora, sino unidos contra el hombre más inconsciente o desaprensivo que pudiéramos encontrar jamás. Por poco que lo pienses…

Detrás de Burton hacia la línea más espesa de palmeras, sonó un gemido apagado, débil. Los dos se quedaron inmóviles por un segundo. Luego, la pistola de Nadia apuntó hacia allí.

Una mujer.

Salió de entre las palmeras arrastrándose con gran dificultad. Burton se puso en pie y fue a ayudarla, sin hacer caso de la seca prohibición de Nadia Boronov.

Cuando llegó junto a la mujer, se arrodilló a su lado, y la volvió cara al cielo, manteniendo derecha su espalda. Ni siquiera necesitaba luz para ver el boquete de la bala, en pleno estómago.

—Aaa… Aaahaa…

Burton le apartó los cabellos de la cara, casi con ternura.

—No se esfuerce en hablar, muñeca. Se está muriendo. Sea lo que sea lo que quiera decir, ya lo sabemos…

—Pa… Pascale de… T… Trevignon.

—¿Del Deuxiéme Bureau? —Adivinó fácilmente Burton.

La cabeza de la mujer asintió flojamente. Burton se dio cuenta de que Nadia estaba a su lado, sentada en el suelo. Estaba claro que la herida en el muslo la molestaba bastante.

—Correcto —dijo Burton—. Pasaremos aviso allá de que Pascala de Trevignon ha dejado de prestar servicios —hablaba un francés correcto, natural, sin esfuerzos—. Pero lamento decirle que es posible que en el Deuxiéme Bureau nieguen su existencia…

—Ya lo sé…

—Se metió en un mal asunto…

—El… Ese hombre… Camaleón…

—Nos ha estado engañando a todos, Pascale. Sólo quería dinero.

Simple y asquerosamente dinero, muñeca. ¿No sabe? El FBI ya lo tenía vigilado.

—Pa… recia… un buen asunto…

Burton Horace Burton sonrió tristemente, con comprensión.

—Comprendo su punto de vista, Pascale: espía hasta el final. Está bien: no voy a reprocharle nada; hay cosas que se llevan en la sangre, e incluso en el corazón. Lamento que haya de morir siendo tan bonita.

—Gra… gracias… quien quiera que…

—Burton Horace Burton, del FBI. ¿Hay alguien más en la isla?

—Una… Hay otra… otra…

—Otra mujer, ¿no es eso?

Pero la cabeza de Pascale de Trevignon ya se había ladeado, con la laxitud de la muerte, hacia el hombro de Burton, Burton. El *G-man* dejó a la muchacha sobre la arena y se puso en pie.

Nadia Boronov le apuntó con la pistola.

—Está bien ya, Burton; si haces algo más que…

Pero él ni siquiera le hizo caso. Se adentró en el palmeral, como si ignorase que Nadia Boronov tenía una pistola en la mano. Regresó casi diez minutos más tarde, llevando en brazos a otra mujer. La dejó junto a Pascale de Trevignon.

—Ésta murió instantáneamente —explicó—, pero sabemos que sólo puede pertenecer al MI5 Bien, debo admitir que este espionaje no ha sido tan dulce como yo presumía. Veamos esa pierna, Nadia Boronov…

—¡No te acerques, no intentes…!

Burton, Burton tiró panza arriba, sobre la arena, a Nadia, de un violento bofetón por completo inesperado. La pistola saltó por el aire, cayendo lejos del alcance de la espía rusa. Burton la recogió y la volvió a tirar a las manos de Nadia.

—Tómala, si es que tenerla te consuela tanto. Y ahora, estate quieta mientras examino tu pierna. Soy lo suficientemente misericordioso para perder tiempo contigo.

Nadia tomó rápidamente la pistola y sólo entonces miró incrédulamente al hombre del FBI. Éste le subió la falda y, a la luz de la luna, examinó el doble agujero en la carne.

—La bala salió. Vamos a desinfectar la herida y luego te vendaré

con algo. ¡Y deja ya esa pistola de una maldita vez!

La rusa dejó la pistola sobre la arena, cerca de la bolsa que contenía el dinero. Burton la alzó en brazos y la llevó hasta el agua, limpiando la herida a manotazos. Nadia Boronov palideció, pero no dijo nada. Burton la llevó de nuevo a la playa, y luego fue nadando hasta la lancha *Sílfide*. Se encaramó a ésta y regresó apenas dos minutos después con un paquete de vendas.

—Por supuesto —sonrió secamente—, éste es un gesto del cual el FBI pasará la factura a la MVD, Nadia Boronov.

—Burton… ¿estás loco?

—Yo, no. Vosotros, si acaso, Nadia Boronov. Trabajo para el FBI, ciertamente, pero eso no significa que pretenda facilitar la «buena» marcha de otra guerra; al contrario. ¡Deja la pierna quieta! ¿Acaso te molesta que te la toque?

—Tú sabes… que no.

—¿Debo sentirme emocionado?

—¿Me odias? ¿Me odias, Burton?

—Yo no odio a nadie. Simplemente, trabajo. ¿Funcionan mal mis oídos o se acerca una lancha?

—Se acerca una lancha.

Burton se volvió hacia la playa y estuvo mirando unos segundos hasta que vio la embarcación muy cerca de la playa. Entonces, miró a Nadia y sonrió fríamente al ver que ésta había vuelto a apoderarse de su pistola.

—Supongo que son tus amigos, Nadia. Ya deben haber tirado al mar el cadáver de Igor Rosovski y ahora vienen a por mí, a por las claves ésas…

Nadia no contestó.

Apenas medio minuto más tarde, cuando Burton estaba acabando de vendar con sorprendente habilidad la pierna de la espía rusa, la lancha se detenía muy cerca de la orilla y, efectivamente, Kirgo Ruzarian y Georgi Klonev saltaban al agua y corrían hacia la orilla.

Cuando llegaron, Nadia continuaba tendida, apoyada en un codo, y Burton, Burton continuaba a su lado.

—¡Nadia! ¿Qué pasó? ¿Consiguió éste…? ¡Bien! ¡Parece que el lanchero está en un apuro…!

Klonev regresó de examinar a las dos mujeres muertas.

—No sé quiénes son, Kirgo.

—Yo sí —dijo Burton—. Una pertenece al MI5 y la otra al Deuxiéme Bureau. Las ha matado Arnold Bander. Las citó aquí, exigiendo que trajesen el dinero, solas. Las mató a las dos e intentó hacer lo mismo con Nadia y conmigo, y, finalmente, consiguió marcharse en una de las lanchas de ellas, llevándose su dinero. La otra lancha está a unas trescientas yardas de aquí, siguiendo la playa.

Los dos rusos miraron a Nadia y ella asintió con un gesto.

—Está diciendo la verdad —susurró.

—¿Se llevó el dinero?

—El de ellas —aclaró Nadia—. El nuestro está aquí.

—¿Y las claves?

—También están aquí… En una cartera que tiró por la arena.

Burton, Burton miraba de unos a otra, en silencio, Klonev se dedicó a buscar en la arena, mientras Ruzarian le mantenía apuntado, hosco el gesto.

—Aquí está la cartera —exclamó Klonev, casi en seguida—. Y está llena de papelotes con letras, números y signos raros… O yo no veo bien con tan poca luz.

Tenía los papeles casi pegados a los ojos, pero, ciertamente, no podía esperarse gran cosa de la iluminación lunar.

—Algo es algo —murmuró Ruzarian—. Nadia, ve a la lancha con Klonev. Ayúdala. Yo me encargo del *Sílfide*.

—Bien.

Nadia Boronov alzó una mano.

—Un momento… ¿Qué es lo que queréis hacer?

—Nos llevaremos estas claves, Nadia.

—¿Para qué las queremos?

Kirgo Ruzarian quedó estupefacto.

—¿Para qué las queremos? ¡De un modo u otro pueden resultarnos útiles! ¡Nunca sabemos si otro norteamericano aceptaría…!

—¿Traicionar al mundo?

—Pero… ¡qué diablos estás diciendo…! ¡Se trata de una clave ideada por un experto! ¡Quizá no tardando mucho podamos utilizaría, de un modo u otro! Nadia Boronov, ¿qué te propones con esa actitud?

—Nada malo.

—¿Nada malo? Oh, no te entiendo, pero no importa ahora. Ya hablaremos. Georgi, llévatela a la lancha. En cuanto a este tipo, yo le daré el pasaje…

Estaba alzando la pistola hacia Burton, Burton cuando Nadia Boronov disparó. La bala disparada por la espía rusa alcanzó a Kirgo Ruzarian en la frente y lo tiró instantáneamente muerto sobre la arena, muy cerca del agua. A poco que subiese la marea, el cadáver sería absorbido por el mar.

Georgi Klonev quedó como aturdido un instante. Un instante muy breve, pero suficiente para que Burton cayese sobre él cuando intentaba utilizar la pistola. El ruso intentó por todos los medios disparar contra el norteamericano, pero una mano de éste pareció clavarse en la muñeca de la mano armada, manteniéndola apartada, mientras la otra pasaba hacia la nuca de Klonev y empujaba a éste inconteniblemente contra la arena.

Pareció que el ruso fuese un muñeco: Su cara se hundió en la arena por completo, con la manaza de Burton apretando despiadadamente sobre la nuca. Pareció como si la muñeca de Klonev crujiese y la pistola saltó a la arena. Entonces, Burton, Burton arrastró a Klonev hacia el agua, por un pie. Los dos fueron introduciéndose playa adentro, uno arrastrando y el otro siendo arrastrado. De una de las forzadas zambullidas, Georgi Klonev emergió llevando una redonda piedra en la mano derecha, que hizo resonar sordamente el pecho del hombre del FBI. Luego, Burton, Burton, ciego de ira y dolor, pasó un brazo por el cuello de Klonev y, con la otra mano, cogió la cabeza del ruso, por la coronilla, y la hizo girar como si fuese el extremo de un gigantesco tornillo que tuviese que ser enroscado.

Nadia Boronov oyó claramente el crujido, y vio a Georgi Klonev desaparecer bajo las tranquilas aguas de la hermosa playa… Luego, corrió hacia Burton, que salía casi arrastrándose, tosiendo como si el pecho le fuese a estallar, y tragando bocanadas de agua. Lo ayudó a llegar a la arena, y una vez allí, el *G-man* se desplomó de bruces, tras un par de trompicones.

La rusa se arrodilló a su lado, crispando su mano en el brazo masculino.

—Burton... Camaleón se está escapando...

—Está... está bien, Nadia... Boronov. Vamos... a por él... Concédeme sólo dos minutos de respiro. Sólo dos minutos.

—¡No! ¡Hay que salir ahora mismo, Burton! ¡Yo te ayudaré!

Los casi seis pies de Nadia Boronov se empequeñecieron cuando Burton, Burton quedó en pie, pasando uno de sus brazos por los hombros de la rusa.

—Nadia Boronov —sonrió dolorosamente Burton—. ¿Por qué demonios tienes que ser rusa?

—Burton Horace Burton, ¿por qué demonios tienes que ser norteamericano?

Llegaron a la lancha vadeando. Ella subió primero y ayudó a Burton a izarse, hasta que el agente federal rodó por cubierta.

—Siento el pecho como... como si estuviese roto. Esa maldita piedra...

—Yo guiaré la lancha hacia Miami.

—¡No! ¡No hacia Miami, Nadia! ¿No comprendes?

El no puede ir hacia allí. Irá hacia el Sur, Pon rumbo a Cuba, a toda marcha. Si tenemos suerte, lo encontraremos al amanecer.

* * *

Tuvieron suerte.

Media hora después del amanecer divisaron aquel punto que se deslizaba por la brillante agua, hacia el Sur, Y una hora después, cuando el sol rebotaba oblicuamente en el agua, cegador, la distancia que separaba ambas lanchas era de apenas doscientas yardas.

Veinte minutos más tarde, la distancia quedó reducida a la cuarta parte. Burton manejaba su lancha a toda velocidad. De no haber tenido tanta experiencia en el manejo de la embarcación, era muy posible que Arnold Bander se hubiese escapado.

Camaleón efectuó el primer disparo y la bala rebotó contra el casco de la lancha.

—¡Al suelo, Nadia!

—¡Acércate más! —gritó ella como respuesta.

Burton la vio arrodillarse penosamente junto a la borda, apoyándose en la pierna sana, esgrimiendo la pistola. Sonrió duramente y dio un golpe de rueda, inesperadamente. La lancha

pareció saltar hacia la que manejaba Arnold Bander, en una embestida suicida en apariencia.

Burton vio, a menos de quince yardas, el pálido rostro del hombre que se había hecho llamar Camaleón. Un rostro vulgar, corriente, agradable en general. Posiblemente, aquel hombre de escasos cabellos y mirada oscura era el auténtico Arnold Bander…

El cual disparaba precipitadamente contra su lancha, cada vez más pálido, mirando horrorizado el bólido acuático que se le venía encima. Se asustó tanto que tiró la pistola a un lado y dedicó las dos manos a la rueda del timón: quiso forzar el volante al máximo, pero la colisión se habría llevado a cabo, inevitablemente, si no hubiese sido Burton quien se propuso esquivarla.

A menos de ocho yardas, Burton movió el volante de su lancha, que se ladeó peligrosamente, lanzando una tromba de agua sobre la que tripulaba Bander.

Y al mismo tiempo que las dos lanchas se cruzaban, Nadia Boronov disparaba contra Camaleón… y la popa de la lancha de Burton golpeaba violentamente contra la punta de la proa de la de Arnold Bander.

Ni siquiera Nadia Boronov pudo ver la mancha de sangre que apareció inmediatamente en la cara de Camaleón, ni oír su grito de agonía.

Lo único que pudo ver Nadia Boronov fue el salto del cadáver al mar.

Y nada más, porque la ola de agua la invadió, pasó por encima de ella, derribándola por la cubierta. Se arrastró hacia el puesto de mando.

—¡Burton! ¡Le he dado, ha caído al mar! ¡Burton, le he…!

—Ya te he oído…

La marcha de la lancha se aminoró considerablemente. Luego, la embarcación giró y se aceró a la lancha en la que había intentado su última jugada Arnold Bander, y que seguía navegando a buena velocidad Burton dejó el volante de su lancha en manos de Nadia y saltó a la otra. Un minuto después, las dos se detenían en alta mar, bajo el ya cálido sol de la mañana. El *G-man* amarró la lancha de Bander a la popa de la suya y regresó a ésta.

Nadia Boronov, sentada junto a la borda, lo miró con los ojos

enrojecidos por la fatiga, por el sueño.

El agente del FBI miró la pistola de la rusa. Luego, la cartera que ésta había llevado a la lancha: la cartera que contenía las claves ideadas por Arnold Bander, alias Camaleón.

—Muy bien, Nadia Boronov. Esto casi ha terminado.

—¿Casi?

—Bueno. —Burton sonrió secamente— se supone que tú y yo debemos morir ahora, Nadia. Y tú eres quien tiene la pistola.

—Burton, te quiero.

—Así lo interpreté anoche.

—¿Has interpretado también qué puede haber en un ruso… o una rusa con honestidad, con honradez, con sentimientos humanos?

—Así es, Nadia.

—¿Comprendes lo que yo siento ahora, Burton?

—Sientes la necesidad de demostrarme que ser ruso puede significar exactamente lo mismo que ser norteamericano. Tanto da ser una cosa u otra. Lo único que se necesita es corazón, Nadia.

—¿Crees que yo tengo corazón?

—Si —sonrió alegremente ahora Burton—. Lo tienes. Y además, eres inteligente. Per tanto, Nadia Boronov, no vas a ser tú la que facilite a nadie, ni siquiera a los rusos, el camino hacia un espionaje que podría llevar a otra guerra.

—¿Crees sinceramente todo eso de mí, Burton?

—Lo creo sinceramente…

—Entonces…

Nadia Boronov se puso en pie, recogiendo la cartera que contenía las claves para el espionaje por medio del teletipo Rojo. Alzó la cartera y la tiró al mar. Luego, tiró la pistola.

Después, se volvió hacia el hombre del FBI.

—¿Y bien? —musitó.

Burton Horace Burton se acercó a ella y la abrazó suavemente.

—Nadia Boronov —susurró—, ni tú ni yo hemos ganado. Han perdido unos pocos, pero han ganado unos muchos. Bien están Arnold Bander y sus claves en el fondo del mar.

—¿Y nosotros, Burton?

—Nosotros, Nadia, tendremos que separarnos. A fin de cuentas, oficialmente, somos enemigos, ¿no es así?

* * *

El inspector Warrens, de Miami, estuvo viendo a Nadia y a Burton besarse, en una prolongada despedida que parecía entristecerlos profundamente a los dos. Por fin, ella se fue, y Burton quedó solo. Pero todavía esperó Warrens unos minutos antes de acercarse, cuando calculó que el avión de Nadia Boronov ya había partido, y que Burton ni siquiera podía ver ya el aparato.

—Burton.

Éste se volvió.

—Diga, señor.

—¿Sigue creyendo que ha sido sensato dejar marchar a Nadia Boronov?

—El señor Hoover autorizó ese regreso, así que no debe ser tan mala cosa —murmuró Burton—. También usted estuvo de acuerdo conmigo en eso, señor. Y, además, es posible que ella consiga hacerles entender algo a los suyos. Por último, naturalmente, Nadia Boronov ha quedado completamente inutilizada como espía: jamás podrá volver a ejercer.

—Usted tampoco. Ella le conoce, y dirá a los suyos todo lo que sabe de Burton Horace Burton.

Éste encendió un cigarrillo y dirigió una última mira da hacia el Este, hacia lo alto. Luego, se volvió hacia el inspector Warrens, asintiendo con la cabeza, mientras sacaba un sobre del bolsillo interior de su chaqueta.

—En efecto, señor —admitió—. Me temo que yo también he quedado inutilizado como espía.

—¿Qué hay en este sobre?

—Mi dimisión…

—¡Oh, vamos…!

—Irrevocable. Me alegré mucho de saber que Kaneman saldrá de ésta, y que lo de Besham no era gran cosa. En cuanto a mí, dadas las circunstancias, lo mejor que puedo hacer es dimitir. Por lo de Nadia, y por otros muchos motivos… Quizá esté cansado de todo esto, señor…

—Pero… ¿qué piensa hacer?

—Bueno —sonrió Button—, tengo una carrera que puede darme para vivir en cualquier parte del mundo. Así que por esa parte no hay problema. También tengo mis buenos dólares ahorrados, y de

momento, puede que me gaste parte de ellos en descansar una temporada… Una larga temporada… Hace algún tiempo, hice un trabajo en el Caribe, y vi una isla preciosa, con una playa de color rosado, llena de palmeras, donde estaban construyendo unos pequeños *bungalows* destinados a la venta. ¿Y qué cree que hice, señor?

—¿Qué?

—Compré uno. Me dije que cualquier día, cuando fuese viejecito o estuviese cansado, me retiraría allí. Y, al parecer, ha llegado ese momento.

—Bien… No sé qué decir…

—Entregue mi renuncia. —Burton sonrió—… y deséeme feliz descanso, señor; será suficiente.

ESTE ES EL FINAL

La lancha pilotada por el simpático negro llegó a la playa, y Burton Horace Burton saltó a la fina arena de color rosado. El negro hizo lo mismo, trasladó el reducido equipaje del atlético pasajero a tierra, y se lo quedó mirando, sonriente.

—Está muy bien aquí, señor —aseguró.

—Lo sé —asintió Burton.

Pasó generosamente el servicio, cargó con el equipaje y se dirigió hacia uno de los pequeños y deliciosos *bungalows* construidos muy cerca de la playa, chatos, entre palmeras, con tejado de color tierra, tan discretos que apenas se veían desde el mar…

Cuando llegó al elegido, ni siquiera tuvo que llamar. La puerta se abrió en cuanto él estuvo en el porche, y Nadia Boronov apareció, un poco pálida, mirándole fijamente, Burton Horace Burton dejó sus cosas en el suelo, se acercó y la abrazó por la cintura, lentamente, suavemente.

—¿Qué te dijeron en Moscú?

—Se mostraron comprensivos —dijo ella, con un hilo de voz—. ¿Y a ti en Washington?

—Los americanos también somos comprensivos a veces —sonrió Burton—. ¿Te costó encontrar este sitio?

—Claro que no, con las indicaciones que me hiciste.

—¿Te gusta?

—Me gustaría cualquier sitio donde tú y yo podamos estar juntos… para siempre. ¿Crees… crees que nos dejarán?

Burton Horace Burton apretó con más fuerza contra su pecho a Nadia Boronov.

—Tendrán que dejarnos. Nosotros ya hemos cumplido nuestra parte. Ahora les toca a otros… Claro que nos dejarán en paz, Nadia. ¿Qué más podemos ofrecerles?

—Entonces… ¿estaremos siempre juntos? —inquirió ella, anhelante.

Burton Horace Burton ya no podía apretar más contra sí a Nadia Boronov. Pero sí podía hacer otra cosa. Besarla, por ejemplo.

Los labios de ella, en aquel lugar tórrido, estaban deliciosa y asombrosamente frescos. En las palmas de sus manos, Burton notaba la tibieza de la espalda de Nadia Boronov, mientras seguía apretándola contra él, besándola, besándola, besándola… El mar despedía un olor inconfundible a yodo, a sal, a aíre limpio, y el sol parecía que fuese a incendiarlo todo de un momento a otro.

Todo. Incluso a ellos mismos.

Cuando finalmente, separaron sus bocas, Burton contestó a la pregunta que había quedado pendiente:

—Éste ha sido un dulce espionaje, mi amor… Es una buena lección para todos, así que nos quedaremos aquí, juntos… si es que te gusta eh Jugar.

—Ya te he dicho antes —susurró Nadia, con los ojos llenos de luz de sol y de vida— que a mí siempre me gustará cualquier sitio donde tú y yo podamos estar juntos… para siempre.

Burton la alzó en sus brazos y entró en la cabaña.

—Por el momento —dijo, acercando de nuevo su boca a la de ella—, me parece que este lugar no está del todo mal.

FIN

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 18 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado Un hombre busca a otro hombre, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror… pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)…

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Ángela Windsor y Giselle…

Notas

[1] El archín es una medida rusa de longitud equivalente a setenta y un centímetros del sistema decimal. Dos archins y medio serán, pues, un metro setenta y siete centímetros. (N. del E.). <<

[2] «Chamaleon» significa camaleón, en inglés. <<

[3] «Caméléon» significa camaleón, en francés. <<

[4] «Paradise» significa Paraíso, en inglés. < <